

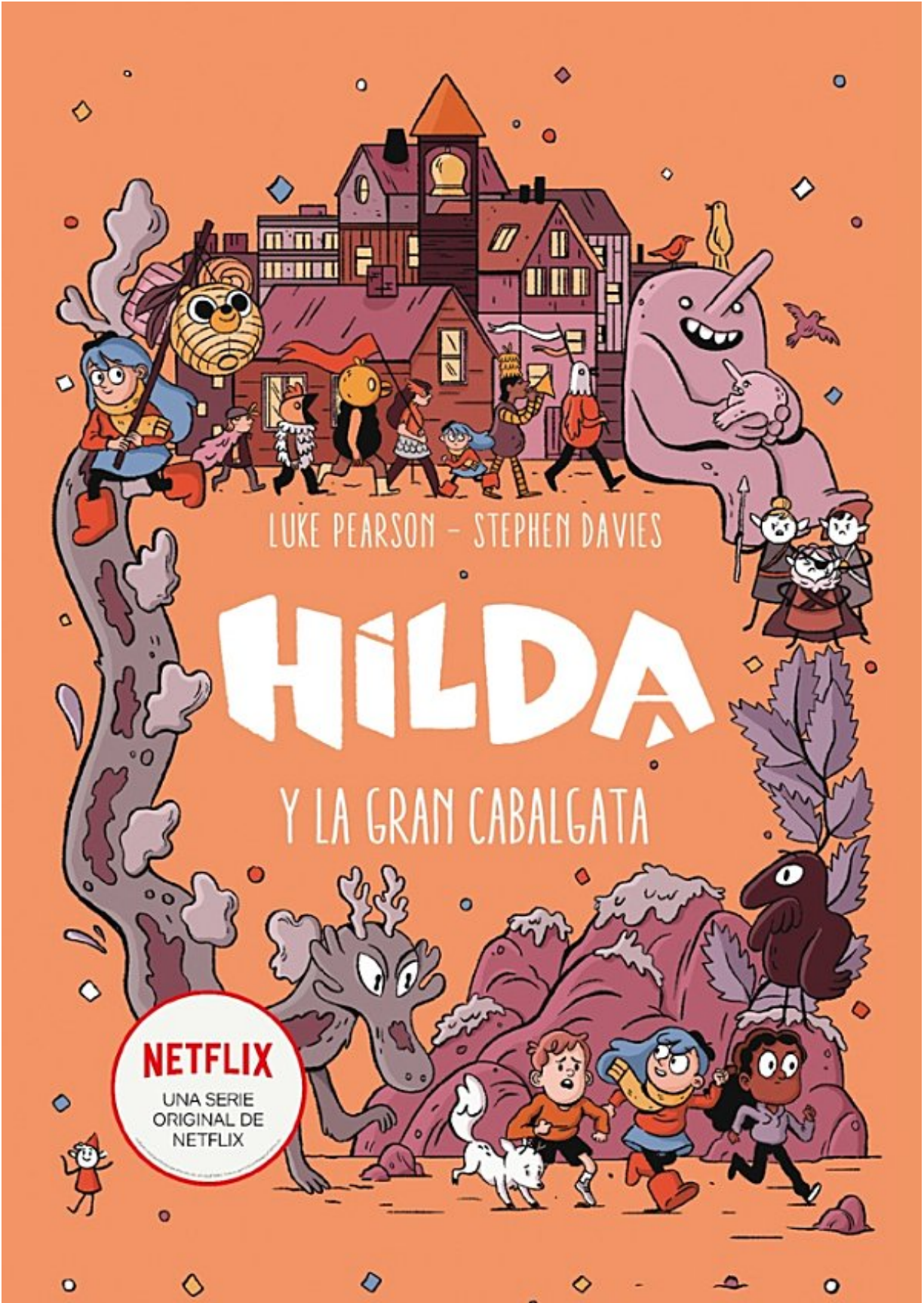
LUKE PEARSON - STEPHEN DAVIES

HILDA

Y LA GRAN CABALGATA

NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX



LUKE PEARSON - STEPHEN DAVIES

HILDA

Y LA GRAN CABALGATA

NETFLIX
UNA SERIE ORIGINAL DE NETFLIX



LUKE PEARSON - STEPHEN DAVIES

HILDA

Y LA GRAN CABALGATA

Traducción de **Noemí Sobregués**



montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleerkids



@megustaleerkids



@megustaleerkids

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



1



Un reloj hacía tic-tac. Una mosca zumbaba. Un trozo de tiza chirrió en la pizarra. Una niña con el pelo azul estaba sentada en su clase, inclinada sobre un pupitre de madera, con la cara apoyada en las manos, mirando aburrida los altos edificios del centro de la ciudad al otro lado de la ventana.

—¡Hilda! —gritó la señorita Hallgrim—. ¿Hay algo **INTERESANTE** ahí fuera?

Hilda parpadeó y se giró para mirar a su maestra. La señorita Hallgrim tenía la mandíbula cuadrada, los ojos severos y una masa de pelo blanco que hacía que pareciera que estuviera mirándola desde en medio de una nube.

—¿Interesante, señorita? Nada, señorita —le contestó Hilda.

¿No es la verdad?, pensó. Nada interesante fuera y nada interesante dentro. Nada interesante en todo Trolberg. No como en mi antigua casa en el campo, donde había montañas que escalar, cuevas que explorar y todo tipo de criaturas mágicas de las que hacerse amiga...

—¿Qué estaba **DICIENDO**, Hilda? —le preguntó la señorita Hallgrim.

Tenía la inquietante costumbre de alzar la voz de repente y luego volver a su tono normal.

—Estaba diciendo... —Hilda se cubrió los ojos con una mano y miró de reojo el cuaderno de su compañera Frida. Una de las razones por las que Frida era la primera de la clase era porque tomaba apuntes de todo lo que la señorita Hallgrim decía—. Estaba diciendo que la Gran Cabalgata es dentro de tres días. Es el día más especial del año en Trolberg, y han elegido a nuestra clase para que decoremos una de las carroñas.

La clase se rio. Hilda se acercó al cuaderno de Frida para ver mejor lo que había escrito.

—¡Una carroza! —exclamó, demasiado tarde—. Una carroña no, una carroza. Como las carrozas de carnaval. Las carroñas no se decoran. Sería una tontería. Harían mucha peste.

Las risas resonaron en los oídos de Hilda. No eran risas amables, sino esas risas crueles y burlonas que tantas veces había oído en clase durante las dos últimas semanas. Le ardieron las mejillas y bajó la cabeza para que el pelo azul le cayera como cortinas a ambos lados de la cara.

—**SILENCIO** —dijo con frialdad la señorita Hallgrim—. Hilda tiene razón. Vamos a decorar una **CARROZA**. Además, prepararemos una **EXPOSICIÓN** para que vuestros padres vengan a verla. Formaré grupos de tres y recogeréis objetos **FASCINANTES**. El tema de la exposición es... —Se giró y escribió en la pizarra—: **MARAVILLAS DE TROLBERG**.

Hilda resopló. Su intención no era resoplar. El ruido salió solo de su nariz en cuanto oyó a la maestra decir «Maravillas de Trolberg». Si había dos palabras que no encajaban juntas, eran «maravillas» y «Trolberg».

La señorita Hallgrim se dio la vuelta.

—¿Se ha colado un TROLL en la clase, o ese REPUGNANTE ruido procede de alguno de VOSOTROS?

—Perdón, señorita —dijo Hilda levantando la mano—. No volverá a pasar.

—Tienes razón, Hilda, no volverá a pasar —le contestó la señorita Hallgrim—. Porque vas a quedarte en el PASILLO hasta que suene el TIMBRE del final de las clases.

Hilda se quedó en el pasillo echando humo. ¿Por qué la señorita Hallgrim le tenía manía? ¿Porque le hacía demasiadas preguntas o porque casi nunca aceptaba las respuestas de su maestra?

De repente sonó el timbre, y Hilda pegó un bote. Era otro de los problemas de Trolberg. Fuera a donde fueses, siempre había algún timbre sonando, alguna campana repicando o tintineando.

La puerta de la clase se abrió de golpe, y Trevor y sus amigos salieron corriendo. Trevor era el matón de la clase y parecía que Hilda le caía fatal.

—¡Mirad quién está aquí, chicos! —dijo Trevor—. ¡La decoradora de carroñas! Hola, carroñera, cuéntanos otra vez por qué viniste a vivir a Trolberg.

—Un gigante pisó nuestra cabaña del campo —le contestó Hilda en voz baja.

—¡La pisó un gigante! —Trevor se rio—. Nunca me cansaré de escucharlo. ¡Nos vemos luego, carroñera!

Le dio a Hilda un manotazo en la oreja y echó a correr por el pasillo.

Los siguientes en salir fueron Frida y David. Hilda conocía a David de vista, pero solo había hablado con él para decirle que tenía un bicho en la cabeza, lo que sucedía a menudo.

—Tienes un bicho en la cabeza —le dijo Hilda.

—Gracias.

David levantó la mano para quitárselo.

Frida miró a Hilda.

—¿Por qué has dicho *carroña* en lugar de *carroza*?

Hilda se encogió de hombros.

—Tienes muy mala letra.

—¡Ni hablar! Mi letra es preciosa. Se entiende perfectamente. Bueno, coge tu mochila y ven con nosotros.

—¿Qué? ¿Adónde vamos?

—Al campanario de Gorrill Gardens —le contestó Frida dándole unos prismáticos—. Tenemos que subir y rastrear los alrededores en busca de plantas interesantes.

—¿Para qué queremos plantas?

—Para la exposición, claro. La señorita Hallgrim ha formado grupos de tres, y tú vas con David y conmigo. Ya lo hemos comentado y hemos decidido ir a recoger plantas de Trolberg.

—En realidad lo ha decidido Frida —intervino David—. No me ha dejado ni abrir la boca.

—Tonterías —replicó Frida—. Te has limitado a asentir. Venga, Hilda, corre a buscar tu mochila. Tenemos que subir al campanario antes de que se ponga el sol o no veremos ninguna planta.



2



Hilda subió de dos en dos los escalones de la escalera de caracol que llevaba arriba del todo del campanario. Cuando cruzó la trampilla que había al final de la escalera, la vista la dejó sin aliento. El monte Halldor se alzaba al este, y el monte Har al oeste. Entre los picos nevados, cientos de tejados brillaban bajo el sol de la tarde y se extendían hasta el fiordo Björg.

Unos minutos después llegaron Frida y David resoplando, jadeando y apoyándose el uno en el otro.

—Ciento veinticinco escalones —dijo David respirando con dificultad—. Hilda, ¿dónde demonios has aprendido a subir tan rápido?

—Me he pasado la vida escalando —le contestó Hilda—. Montañas. Turbinas de viento. Rocas troll. Cascadas. Cuando vivía en el campo con mi madre, me metía en la mochila cuadernos y sándwiches de pepino, y salía en busca de aventu...

—Espera un segundo. —La voz de David se convirtió en un susurro—. ¿Has dicho rocas troll?

—Me temo que sí. —Hilda se rio—. Una vez estaba sentada sobre una, en la nariz, cuando una nube tapó el sol. El troll volvió a la vida y me persiguió por el Gran Bosque. Me alcanzó, me cogió por la cintura y me levantó hasta su enorme y babosa...

—Qué historia tan increíble —la interrumpió Frida—. Me encantaría que me la contaras algún día.

Hilda se calló. Estaba claro que «algún día» significaba «ahora no». David estaba tan pálido de miedo que parecía transparente. Hilda se acercó a la barandilla y contempló las altas murallas que rodeaban la ciudad de Trolberg, aquellas que habían construido para protegerse no solo de los trolls, sino también de todo lo salvaje, misterioso o fascinante.

—Vamos a trabajar —dijo Frida desplegando un gran mapa de Trolberg—. Vosotros dos buscad plantas y arbustos interesantes, y yo marcaré dónde están en este mapa.

David se colocó los prismáticos delante de los ojos.

—Gramíneas cerca de la iglesia —dijo—. Y un montón de cardos morados a orillas del río.

—Buen trabajo —dijo Frida marcando los lugares en el mapa con un lápiz afilado.

—Una zona amarilla detrás del colmado —añadió David—. ¡Si no me equivoco, son dientes de león!

—Muy bien, David —dijo Frida—. Hilda, ¿por qué haces eso con las cejas? ¿Entiendes lo que tenemos que hacer?

—Perdona —dijo Hilda—, pero creía que buscabais plantas y arbustos interesantes. Las gramíneas, los cardos morados y los dientes de león no son interesantes. Están por todas partes.

—¿En serio? —preguntó Frida en tono frío—. ¿Y qué sería para ti una planta interesante, oh, gran exploradora?

—La atrapabichos eructante —le contestó Hilda—. Sus flores parecen bocas sonrientes. Comen escarabajos y luego eructan muy fuerte.

David bajó los prismáticos y miró a Hilda boquiabierto y horrorizado.

—Y la flor medusa —siguió diciendo Hilda—. Yo la llamo «flor escondite» porque en el centro tiene un agujero enorme, tan grande que puedes esconderte dentro. Y os encantarían los geranios giratorios del monte Bota, Frida. Son grandes flores rojas que bailan cuando les cantas. Y la hierba del escorbuto de los acantilados es tan resistente que puedes columpiarte en ella. Y la mimosa, por supuesto, que se encoge cuando la tocas.

—Muy bien —dijo Frida—. Quizá deberíamos volver a...

—No, espera, hay más —la interrumpió Hilda—. Todos sabemos cómo es el musgo, pero ¿habéis visto alguna vez musgo con **PATAS**?

Frida levantó una mano para detenerla.

—Ya es suficiente —le dijo—. Mira, Hilda, siento mucho que nuestra ciudad te parezca aburrida, pero tenemos trabajo y no podemos coger plantas que no crecen en Trolberg. Así que puedes ayudarnos con este mapa o puedes volver con tus flores medusa eructantes, tus escorbutos gigantes con patas y tus... tus...

—Ortigas azules —dijo Hilda.

—Exacto.

—No, digo que estoy viendo algunas ortigas azules por allí.

Hilda bajó los prismáticos y señaló una pequeña mancha azul al pie del monte Har.

Frida miró y frunció el ceño.

—Están a kilómetros de distancia.

—Tonterías —dijo Hilda—. Están dentro de las murallas de la ciudad, ¿no?

—Están pegadas a la muralla —dijo David—. Y puedes ver por ti misma lo vieja y derruida que está. Si un troll quisiera entrar, no tendría ningún problema.

—Vamos, chicos —insistió Hilda—. La ortiga azul es rarísima. Si consiguiéramos alguna para la exposición de clase, seguro que nos darían puntos extras.

Frida cogió los prismáticos y miró las ortigas azules.

—No sé —murmuró.

—Si os preocupa que os pique —dijo Hilda—, no temáis. La ortiga azul no es como la verde. No pica. De hecho, hay gente que se la come.

—¿De verdad?

Hilda asintió entusiasmada.

—Dicen que es buena para el cerebro. Piénsalo, Frida. Podrías masticar una o dos hojas antes de los exámenes finales, y así recordarías mejor todas las cosas bonitas que has aprendido.

Con eso bastó. A Frida se le iluminaron los ojos y marcó en su mapa la zona donde habían visto las ortigas azules.

—Iremos mañana después de clase —dijo.

Un repentino *din-don* procedente de la colosal campana que tenían sobre sus cabezas hizo que a Hilda casi se le saliera el corazón por la boca. Sabía que la finalidad de los campanarios era mantener a los trolls alejados de la ciudad. Los trolls odiaban el sonido de las campanas, y Hilda sabía exactamente cómo se sentían.

—Mirad ahí abajo —dijo David—. Es Trevor y su pandilla.

Hilda miró hacia allí. Debajo del campanario estaba Gorrill Gardens, un nombre demasiado pomposo para un parque tan feo. Gorrill Gardens solo tenía unos cuantos olmos larguiruchos, una estructura para trepar oxidada y dos columpios rotos.

Efectivamente, Trevor y sus amigos paseaban por el parque y se llenaban los bolsillos de piedras y guijarros. Lo primero que pensó Hilda fue que debían de estar recogiendo rocas para la exposición de clase. Pero de repente Trevor se acercó a una bandada de pájaros que se había posado en un olmo cercano y les tiró una piedra.

—¡Para! —gritó Hilda.

Los pájaros se elevaron por los aires lanzando graznidos de indignación, pero Trevor se rio y les tiró otra. Sus amigos también les tiraron las suyas, y el aire no tardó en llenarse de piedras, guijarros, plumas y risas crueles.

La mayoría de las piedras no hacían diana, pero una acertó. Un pequeño cuervo cayó del olmo y aterrizó en el suelo con un ruido sordo repugnante.

—¡He ganado! —exclamó Trevor.

—¡Salvaje! —le gritó Hilda desde lo alto del campanario.

Corrió hacia la trampilla, saltó a la barandilla de la escalera de caracol y empezó a deslizarse a toda velocidad.

Se deslizó cada vez más deprisa, apoyándose en la pared para no perder el equilibrio. Al llegar al final saltó y salió disparada hacia el parque gritando y gesticulando como una bola de rabia al rojo vivo.



3



Hilda empujó a Trevor y se agachó junto al pájaro caído.

—Cuervo, ¿estás bien? —le preguntó casi sin aliento.

El cuervo agitó un ala y abrió un ojito.

—¡Estás vivo, menos mal! —exclamó Hilda—. Espero que no estés herido.

El cuervo tosió.

—Estoy bien —le dijo.

Hilda se quedó boquiabierta. Nunca había visto un pájaro que hablara, ni siquiera en el campo. Cogió el cuervo con las dos manos y se lo acercó al jersey de lana.

Trevor lo miró fijamente.

—¿Ese cuervo acaba de hablar? —preguntó.

—No.

Hilda le dio la espalda y empezó a alejarse.

—¿Alguien más lo ha oído? —preguntó Trevor.

Sus amigos se encogieron de hombros y negaron con la cabeza.

—Ha hablado —insistió Trevor—. Os lo juro. Déjame verlo.

Hilda echó a correr.

—¡Tendrás que alcanzarme! —le gritó.

Echó a correr por las calles de Trolberg con el cuervo en las manos. Cruzó el río por el puente de Bronstad Lane y pasó por delante de la biblioteca. Trevor la seguía de cerca.

Hilda iba tan rápido como podía, pero le costaba correr a toda velocidad con el pájaro en las manos, y Trevor parecía cada vez más y más cerca.

De repente, Hilda se dio cuenta de que el tren de vapor de Trolberg se acercaba rápidamente a la ciudad por el sur, lanzando grandes nubes de humo grisáceo. Aceleró el paso y se dirigió hacia el paso a nivel. Trepó por el terraplén y cruzó las vías segundos antes de que las barreras se cerraran. Increíblemente, logró cruzar justo antes de que el tren pasara rugiendo.

El maquinista se quedó sorprendido y sacudió el puño con rabia mientras Hilda saltaba al otro lado del terraplén, dejaba atrás las vías y el Scout Hall y se adentraba en un laberinto de casas adosadas. Echó un vistazo hacia atrás y vio que Trevor ya no la seguía.

El chico no había podido cruzar a tiempo y se había quedado al otro lado del tren.

—Ha sido absolutamente terrorífico —dijo el cuervo.

—Lo sé —dijo Hilda sonriendo—. Genial, ¿verdad?

Hilda corrió por las calles. Giró a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la derecha. Al principio, cuando llegó a Trolberg, aquellas calles le parecían exactamente iguales, pero ahora empezaba a diferenciarlas. Postes de luz de diferentes estilos, chimeneas de distintas formas y madera de diferentes colores en las fachadas de las casas. Incluso en una ciudad sucia y aburrida como Trolberg era posible orientarse.



Diez minutos después llegaron al bloque en el que vivía Hilda. Subió tres tramos de escaleras, sacó la llave y entró en la puerta número 5.

En la casa había corriente de aire y un fuerte olor a pintura. Hilda cerró la puerta y se escondió al cuervo debajo del jersey.

—¿Eres tú, cariño? —le preguntó su madre desde el comedor.

—¡Sí! —le dijo Hilda—. ¡Hola, mamá!

—¡Hola, mamá! —graznó una voz desde debajo del jersey de Hilda.

—Shhh —susurró la niña—. Mi madre no debe saber que estás aquí. Quédate callado hasta que llegemos a mi habitación, ¿vale?

Su madre llegó al pasillo. Llevaba un mono azul y tenía manchas de pintura blanca en el pelo y en las mejillas.

—Me alegro de que hayas vuelto, cariño. ¿Qué tal te ha ido el día?

—En general, un desastre —le contestó Hilda—. La señorita Hallgrim quiere que preparemos una exposición sobre las maravillas de Trolberg. ¿Puedes creértelo? ¿Qué deberes va a ponernos la semana que viene? ¿Sobre enfermedades maravillosas? ¿Sobre naufragios maravillosos?

—Pobrecita —dijo su madre—. Siento mucho que estés pasándolo mal.

Antes de que Hilda pudiera detenerla, su madre corrió hacia ella y le dio un fuerte abrazo.

—¡Hey! ¡Que me estás asfixiando! —graznó el cuervo.

—¿Qué? —preguntó la madre de Hilda, confundida.

—Que me estás... cuidando de... de maravilla —dijo Hilda.

—Hago lo que puedo —le contestó su madre sonriendo.

Cuando su madre la soltó, Hilda corrió por el pasillo hacia su habitación.

—¡Los zapatos! —gritó su madre.

Hilda volvió atrás y se quitó los zapatos. Entonces los dejó con cuidado junto a la puerta de la entrada.

—¿Ya hemos llegado a tu habitación? —dijo una voz.

Su madre frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

Hilda notó que se ruborizaba.

—Esto... He dicho que si ya has pintado mi habitación.

Su madre volvió a fruncir el ceño.

—No puedo hacerlo todo a la vez, Hilda. Acabo de empezar con el comedor.

—Claro. No hay prisa.

Hilda se dio media vuelta se fue corriendo hacia su habitación.

El cuarto de Hilda en Trolberg estaba muy vacío. Casi todos sus juguetes y sus juegos habían quedado aplastados cuando Jørgen, el gigante antiguo, había pisado su vieja casa. Aunque las cosas más importantes se habían salvado, como Twig, su amigo el zorro ciervo, un animalito blanco, valiente y cariñoso que solía acompañarla en sus aventuras.

Twig saltó de la cama de Hilda y se acercó a ella olfateando el aire y gruñendo suavemente. Sentía que la niña no estaba sola.

Hilda sacó al cuervo herido de debajo de su jersey y lo dejó encima de una manta doblada en una esquina de la habitación.

—Twig, te presento a Cuervo —dijo—. Unos niños malísimos lo han atacado y ahora no puede volar.

Twig se acercó a Cuervo. Se miraron uno a otro con recelo.

—Tienes que conocer a alguien más —dijo Hilda—. Alfur, ¿estás ahí?

—¡Yuhu! —exclamó Alfur—. Encantado de conocerte, señor Cuervo. ¿Te importaría que te entrevistara para uno de mis informes para los elfos, «Cartas desde Trolberg»? ¿Cómo te sientes tras haber sido atacado por niños malísimos?

Cuervo se incorporó de golpe y movió el pico, alarmado.

—¿De dónde viene esa voz? —balbuceó.

—Alfur está sentado en mi mesa —le contestó Hilda—. Los elfos son diminutos... y además invisibles si no firmas un montón de formularios.

—Vaaale. —El cuervo parecía confundido—. Una niña con el pelo azul, un zorro ciervo y un elfo invisible. Muy bien. He visto cosas más raras. ¿O no? No estoy seguro.

Alfur cogió su cuaderno y saltó de la mesa a la silla, y de la silla a la alfombra.

—¿Cómo te llamas, señor Cuervo? —le preguntó.

—Oh... No lo sé.

—¿Cuántos años tienes?

—Paso.

—¿Qué haces cuando vienes a la ciudad?

—No tengo ni idea. —El cuervo miró a Hilda con los ojos muy abiertos y asustados—. ¡Oh, no! ¡No recuerdo nada! ¡He perdido la memoria totalmente, hum... Matilda!

4



A la mañana siguiente el cuervo seguía sin tener ni idea de quién era y de dónde venía. Se quedó en su esquina mirando con tristeza la pared.

—Tienes que descansar —le dijo Hilda—. Quédate aquí hoy y duerme todo lo que puedas. Si necesitas algo, pídeselo a Alfur.

—¡Oye! —Alfur trepó a la oreja de Hilda—. Por mucho que me apetezca pasarme el día haciendo de criado para tu amigo descerebrado, me prometiste que hoy podría ir al colegio contigo. Estoy investigando para un informe sobre las escuelas de Trolberg, ¿recuerdas?

—Oh —dijo Hilda—. De acuerdo, puedes venir conmigo. Solo te pido que no digas nada en clase.

Las dos primeras clases del día fueron ciencias y matemáticas. Alfur, sentado en la mesa de Hilda, escribía a toda prisa en su diminuto cuaderno.

Parecía encantado de escuchar a la señorita Hallgrim, que hablaba y hablaba, y el elfo tomaba casi tantos apuntes como Frida.

En cuanto la señorita Hallgrim dio la espalda a la clase para escribir una suma en la pizarra, Hilda sintió un golpecito en el hombro.

—Pssst. ¿Cómo está el pájaro?

Hilda se giró y vio a Trevor sentado a la mesa de detrás de la suya.

—Déjame en paz —susurró—. Eres una alimaña vil y vengativa.

—No sé lo que quieren decir esas palabras —susurró Trevor—, pero siento lo de ayer, de verdad que lo siento.

Hilda parpadeó. No se lo esperaba.

—Lo siento muchísimo —susurró Trevor—. Por cierto, ¿puedes prestarme el pájaro unos días?

—No.

—Solo unos días. Lo quiero para mi proyecto de la exposición.

—No.

—Seré la envidia de toda la clase.

—No.

—No finjas que el pájaro no habló, Hilda. Lo oí.

—Te lo imaginaste.

Trevor, enfadado, pegó un golpe en la mesa y luego extendió la mano y tiró del pelo a Hilda.

—¡AY! —gritó la niña.

La señorita Hallgrim se dio la vuelta y miró a la clase.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

—¡AY! —gritó Trevor.

La señorita Hallgrim lo miró fijamente.

—¡EH! —gritó Trevor—. Alguien me ha dado un golpe en el ojo, señorita. ¡AH! Otra vez.

La señorita Hallgrim apretó los labios con fuerza.

—Nadie está dándote golpes en el ojo, Trevor.

El niño se levantó y empezó a hacer todo tipo de muecas que le hacían parecer un loco. Abrió la boca. Sonrió. Abrió los ojos como platos y se le desencajó la mandíbula.

—¡Trevor! —La señorita Hallgrim dio un paso adelante—. ¡Deja de hacer el tonto!

Solo Hilda veía lo que estaba pasando. Alfur, invisible para todos menos para ella, estaba en el labio superior de Trevor y tiraba de sus mejillas y lo obligaba a poner caras cada vez más ridículas.

—Trevor, vete al pasillo hasta la hora de comer —le dijo la señorita Hallgrim—. Escribiré a tus padres para contarles tu vergonzoso comportamiento.

Mientras Trevor salía corriendo de la clase, Hilda le levantó el pulgar a Alfur. Al final iba a resultar que la escuela podía ser divertida.

Después de las clases, Trevor se enfrentó a Hilda en el patio.

—No sé cómo lo has hecho —le dijo—, pero sé que has sido tú.

—¿Qué te ha pasado?

—La cara se me retorció como por encanto. —Trevor frunció el ceño al recordarlo—. Y sigo queriendo al cuervo para la exposición, así que más te vale traérmelo mañana si no quieres tener problemas.

Hilda sonrió a su enemigo. Había pasado un gran día y no iba a permitir que nadie se lo estropeará.

—No me conoces, Trevor —le dijo—. He burlado a espíritus del agua. He apaciguado a un espíritu del clima. He volado a lomos de un woff. ¿Crees que me asustan los problemas que puedas causarme?

Se dio media vuelta y se alejó por el patio. Trevor la miró boquiabierto.

Frida y David estaban esperándola en la entrada.

—¡En marcha! —exclamó Frida—. Vamos a buscar esos puntos extras.

David no parecía tan convencido.

—Sí —murmuró—. Vamos a que nos devoren unos trolls hambrientos.

—No te preocupes —lo tranquilizó Hilda—. Los trolls no cazan durante el día.

Los tres niños caminaron juntos con el cálido sol de la tarde en la cara. En el puente Lovelock, Frida se detuvo a coger cardos morados.

—Qué aburridos —suspiró Hilda.

Pero Frida y David no se dejaron convencer. Cogieron también gramíneas junto a la iglesia y dientes de león detrás del colmado.

Al final llegaron a la antigua muralla de la ciudad, a la sombra del monte Har. La muralla medía al menos tres metros de altura y estaba cubierta de hiedra y musgo. David había tenido razón al decir que los ladrillos estaban en muy mal estado. Hilda veía grietas y agujeros por todas partes.

—Sincronicemos los relojes —propuso Frida.

—Yo no tengo reloj —dijo Hilda—. Cuando quiero saber qué hora es, miro la posición del sol.

—Oh. —Frida miró el portapapeles que llevaba en la mano—. Puede ser un problema, porque he planificado cada etapa de esta misión minuto a minuto. Tres y media: sincronizar los relojes. Tres y treinta y uno: empezar a buscar ortigas azules. Tres y treinta y dos: seguir buscando... ¡Hey! ¡Vuelve! ¡Aún no son las tres y treinta y uno!



Hilda se dirigió a la sombra de la muralla buscando un destello de color azul e intentando no rascarse la oreja. Como llevaba a Alfur, nunca estaba sola, pero le costaba acostumbrarse a las cosquillas.

—¡Hilda, espera! —Frida corrió hasta ella—. Acabo de oír un ruido muy raro.

Hilda se detuvo y escuchó. Efectivamente, oyó algo: susurros misteriosos flotando en el viento.

—Sé lo que es ese ruido —dijo Hilda—. No te preocupes, Frida, solo son elfos.

—No son solo elfos —murmuró Alfur.

—Mi antigua casa estaba rodeada de casas de elfos —añadió Hilda—. He conocido a más elfos que cenas calientes os habéis comido, Frida. Cientos de sinvergüenzas.

—No son solo elfos —repitió Alfur.

—Me encantan los elfos —dijo Hilda—. Si hay que hablar con ellos, déjame a mí, Frida.

—**¡NO SON SOLO ELFOS!** —le gritó Alfur al oído—. **SON ELFOS SALVAJES, QUE SON TOTALMENTE DIFERENTES.**

De detrás de un montón de musgo salió un pelotón de diminutos guerreros con pintura de guerra en la cara y lanzas en las manos. Levantaron sus armas al unísono apuntando a las niñas. **¡ZAS!**

Un elfo peludo se adelantó. Sopló un cuerno y gritó dos palabras aterradoras:

—**¡AL ATAQUE!**

5



Lanzas diminutas zumbaron en el aire hacia Hilda y Frida. Nueces y piedras volaron desde catapultas escondidas. Elfos montados en gorriones las bombardearon desde lo alto de la muralla.

Cuando Hilda y Frida se giraron para echar a correr, un grupo de elfos extendió una cuerda y las tiró al suelo. Una unidad de caballería, con largos cordeles en la mano, las atacó montada en conejos. Estos saltaron de un lado a otro para que los elfos les ataran los brazos y las piernas, y pronto Hilda y Frida estuvieron amarradas con tanta fuerza que no podían moverse ni un centímetro. Hilda, tumbada de lado, vio a David junto a la muralla, algo más allá, también atado.

—¿Qué ha pasado? —gimió Frida—. ¿Dónde están los elfos? No los veo.

—Los elfos son invisibles —susurró Hilda—. Luego te lo explico.

El elfo peludo con el cuerno dio un paso adelante.

—Saludos, intrusos —dijo—. Me llamo Bartel.

—¡Bartel Braga! —gritó Alfur saltando de la oreja de Hilda—. Líder del Clan Perdido de los Condados Élficos del Norte. He oído hablar mucho de ti.

Bartel sonrió y se acarició la barba.

—Siempre bien, espero.

—No siempre —admitió Alfur—. He oído que nunca haces papeleo.

Al mencionar el papeleo, un gruñido rabioso se elevó desde el grupo de elfos salvajes, junto con gritos de «¡Quememos todo el papel!» y «¡Abajo los formularios!».

Bartel Braga se acercó a Alfur y lo miró de arriba abajo.

—¿Quién te ha hablado de nosotros? —le preguntó.

—Mi abuela —le contestó Alfur—. De niño me recitaba un poema épico sobre el día que os desterraron. ¿Te gustaría escucharlo?

Bartel se debatía entre la furia y la curiosidad.

—Adelante —dijo por fin.

Alfur redujo su voz a un susurro dramático y empezó a cantar.

*Hace mucho tiempo dos antiguos danes
se reunieron en una llanura.
Cada dan envió a doce escribas
a negociar el terreno.*

*Los Braga querían vender tierras,
los Aldric querían comprarlas.
Hicieron el papeleo a mano
y empezaron a firmarlo.*

Al mencionar el papeleo, los elfos salvajes lanzaron un coro de quejas y bufidos.

—Alfur, espera un segundo —lo interrumpió Hilda—. ¿El tema de este poema es el papeleo?

—Por supuesto. —Alfur pareció sorprendido—. Todos nuestros poemas épicos tratan del papeleo.

—Tenéis una curiosa idea de lo épico.

—Relájate —dijo Alfur—. Ahora viene lo mejor. Los elfos están a punto de presentar el contrato para que la reina elfa lo verifique.

—Increíble —suspiró Hilda—. Pues sigue, sigue con el poema.

*Entregaron el contrato a la reina,
que revisó todas las páginas.
Se puso roja. ¿Qué es esto?, dijo.
¡El contrato no está completo!*

*El jefe Braga temblo ante la reina.
¡Se había cometido un delito!
Una firma en la página dieciséis
por alguna razón se había omitido.*

*¡Fuera de aquí, gritó la reina elfa.
¡Todos los Braga seran DESTERRADOS!
Y aquel día los mandó
a vivir a la naturaleza salvaje.*

—¡Qué locura! —exclamó Hilda—. ¿Estás diciendo que la reina elfa mandó a todo el clan Braga al destierro solo porque su jefe se saltó la firma en una página?

—Exacto —dijo Bartel Braga—. Ahora entiendes por qué odiamos el papeleo. Y también por qué odiamos a los Aldric.

—Estoy segura de que en realidad no odiáis a los Aldric —dijo Hilda—. Alfur es un Aldric, y es imposible odiarlo. Mirad qué carita tiene.

¡Zas! Los Braga levantaron las lanzas al unísono, con las puntas apuntando a Alfur.

—Gracias, Hilda —susurró Alfur.

—¿Es eso cierto, elfo? —preguntó Bartel Braga—. ¿Eres un Aldric? Alfur tembló y tartamudeó.

—Sí, bueno, soy un Aldric, pero no tengo nada en contra de los Braga. Estoy seguro de que podemos resolver esta situación de forma amistosa...

Antes de que pudiera decir una palabra más, la caballería élfica, montada en los conejos y con sus cordeles en la mano, cargó contra Alfur. Los conejos saltaron de un lado a otro, en movimientos cruzados, hasta que los brazos y las piernas de Alfur quedaron atados con tanta fuerza como los de los niños humanos.

Los Braga miraron a sus prisioneros, y sus prisioneros los miraron a ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hilda.

—Ahora lucharéis —le contestó Bartel Braga.

—¿Con quién?

—Con la vieja Agnes. Os desafiará a combatir contra ella uno a uno.

Al instante, una elfa con el pelo alborotado dio un paso adelante y se partió la lanza en la rodilla.

—¡No es justo! —gritó Hilda—. ¡David y Frida ni siquiera VEN a Agnes!

—Tampoco ella ve bien —replicó Bartel Braga—. Tiene noventa y dos años, ¿sabes?

—Pero ¡estamos atados!

—Haced lo que podáis.

Alguien llevó a la vieja Agnes otra lanza, que alzó con un feroz grito de guerra.

—¿Quién empieza? —aulló—. ¿Quién va a luchar conmigo?

—Espera un segundo —le dijo Hilda—. Si no lo he entendido mal, en realidad el problema no es ni los elfos Aldric, ni tampoco vosotros, los Braga. ¡El problema es el contrato incompleto! ¿Aún lo tienes, Bartel?

—Por supuesto. Un anciano lo guarda en un lugar seguro. Y antes de que me lo preguntes, la respuesta es no. No vamos a firmar la página dieciséis, ni ninguna otra. Hemos renunciado al papeleo hasta el fin de los tiempos.

—Me parece bien —dijo Hilda—. Pero si destruimos el contrato, todo puede volver a ser como antes.

El jefe elfo miró fijamente a Hilda y luego se echó a reír. Se dio una palmada en el muslo, se secó los ojos y la risa se convirtió en carcajadas. Detrás de él, la vieja Agnes y las tropas también se desternillaron. Incluso Alfur temblaba de risa en la medida en que las cuerdas se lo permitían.

—¿Quién se lo dice? —preguntó Bartel riéndose.

—¿Quién me dice el qué? —preguntó Hilda.

—¡Los contratos élficos no pueden destruirse! Aunque los rompas en mil pedazos, quemes todos los trozos, pises las cenizas con botas con clavos y las disperses en un río, *el contrato sigue siendo válido*. Mira, niña con el pelo azul, solo hay una cosa bajo el sol que pueda cancelar un contrato élfico, y es la llama de las fosas nasales de una lombriz de fuego.



Hilda sonrió.

—Sabía que debía de haber algo —dijo—. Danos de plazo hasta el atardecer, Bartel, y te prometo que encontraremos una lombriz de fuego y conseguiremos cancelar el contrato.

6



Las niñas volvieron a Trolberg con el diminuto contrato de los Braga en la mochila de aventuras de Hilda. Alfur iba subido a la oreja de Hilda y Frida la seguía detrás. Ninguna de las dos niñas había dicho una sola palabra desde que habían dejado atrás al Clan Perdido, pero Alfur hablaba por los tres.

—Me sorprende que nos hayan dejado marchar —decía el elfo—. No habríamos tenido ninguna posibilidad contra la vieja Agnes, la máquina de combate más cruel que he visto nunca. Es una pena que Bartel haya insistido en quedarse a David como rehén, pero si algo quieres, algo te cuesta, ¿verdad? Estoy impaciente por volver a casa y empezar a escribir mi informe sobre el Clan Perdido de los Condados Élficos del Norte.

—No vamos a casa —le dijo Hilda—. Vamos a buscar una lombriz de fuego.

Alfur se rio, nervioso.

—No lo entiendes —le dijo—. Todos los contratos élficos incluyen la cláusula de las «llamas de las fosas nasales de una lombriz de fuego», pero es como decir «cuando las vacas vuelen». Es solo una manera inteligente de hablar de algo que nunca nunca nunca nunca nunca *jamás* sucederá.

Hilda cogió a Alfur de la oreja y se lo puso en la palma de la mano.

—Alfur, escúchame. He metido a David en este lío y no voy a dejarlo tirado. Así que dime ahora mismo dónde podemos encontrar una lombriz de fuego.

—En ningún sitio —le contestó Alfur—. Oye lo que te digo: hay poquísimas lombrices de fuego. Algunos dicen que ni siquiera existen.

—¡La biblioteca de Trolberg! —exclamó Hilda.

—Seguro que allí no encontrarás ninguna.

Hilda no se molestó en contestarle. Echó a correr chapoteando por el barro y saltando las piedras. Necesitaba información rápidamente.

Hilda llegó a la biblioteca y se acercó al mostrador de información. La bibliotecaria parecía de la misma edad que su madre, aunque mucho más moderna. Llevaba las puntas de su brillante pelo negro teñidas de color verde chillón.

—Aquí tienes —le dijo la bibliotecaria entregándole un libro.

Hilda lo miró y limpió con la mano la gruesa capa de polvo de la cubierta.

—«*Guía de las serpientes y gusanos de Trolberg*» —leyó—. Espera, ¿cómo demonios sabías...?

Pero cuando Hilda levantó la cabeza, la bibliotecaria había desaparecido. Estaba en la sección de historia, ayudando a otro lector.



Hilda se sentó a una mesa. Entonces llegó Frida y se dejó caer a su lado, con la cara roja y jadeando.

—Vamos a ver —dijo Hilda pasando páginas—. Lombriz lengua... Lombriz lirio... Lombriz morcilla... Lombriz rama... Lombriz tapón... Ajá, ¡aquí está! ¡*Lombriz de fuego!*

—¿Qué dice? —le preguntó Frida.

—Dice que las lombrices tilo son carnívoras, flamígeras y antisociales. ¿Qué significa «*flamígeras*»?

—Que lanzan llamas.

—Ya veo. —Hilda volvió al libro—. Todas las lombrices tilo huyeron de Trolberg cuando estaban construyéndolo, y ahora solo queda una de sus guaridas en toda la provincia.

—Mira —dijo Frida señalando el libro—. Hay una nota al pie. Dice que la ubicación de la guarida puede encontrarse en *Habitats y escondites*, volumen 27, parte 3.

Otro libro polvoriento aterrizó en la mesa delante de las niñas, que tosieron y farfullaron.

—De nada —dijo la bibliotecaria.

Y luego, con un movimiento susurrante de su capa negra de satén, desapareció.

Hilda miró la cubierta del libro.

—«*Habitats y escondites*, volumen 27» —leyó—. Uau. Esta mujer va a ganar el premio al bibliotecario del año.

Frida cogió el libro, buscó la parte 3 y señaló una pequeña isla en medio del fiordo.

—Aquí está —dijo—. Isla Caldera. Hey, ¿adónde vas? ¿No vas a dejar los libros en su sitio?

—¡No tenemos tiempo! —le gritó Hilda girando la cabeza—. Los Braganos han dicho que tenemos que volver antes de que se pusiera el sol, ¿recuerdas? ¡Y a saber lo que hará la vieja Agnes si llegamos tarde!

De camino al puerto, Hilda y Frida tuvieron que pasar por el barrio de Hilda, que descubrió que un compañero se había unido a ellas. Su fiel zorro ciervo corría pegado a sus talones, listo para la aventura.

Sin embargo, cuando llegaron al puerto, tuvieron una gran decepción. Los marineros del puerto de Trolberg se negaron a llevarlas a la isla Caldera. *Demasiado lejos*, decían. *Demasiado peligroso*, decían. *Esa isla está maldita*, decían.

—Os llevaré —les dijo un pescador tuerto— si a cambio me dais el zorro ciervo.

—Ni hablar. —Hilda cogió en brazos a Twig—. Ni en un millón de años.

El pescador barbudo se rio entre dientes y siguió remendando sus redes. Hilda dio una patada al aire, muy decepcionada.

—Tengo una idea —le susurró Alfur al oído.

—¿Qué idea?

—¿Ves aquella caracola de ahí? Intenta soplarla.

Hilda se agachó y cogió la caracola, que tenía bonitas rayas naranjas y blancas a lo largo de su cuerno retorcido.

—Rompe la punta del cuerno —le dijo Alfur— y luego sopla en el agujero con todas tus fuerzas.

Hilda hizo lo que Alfur le decía. Cuando sopló en la caracola, un fuerte sonido de trompeta voló sobre las olas.

—¿A qué juegas? —le gritó Frida—. Mientras tú tocas esa estúpida caracola, el pobre David está atado en medio de... ¡AAAHH! ¿QUÉ ES ESO?

Con un estruendoso bramido, ante ellos se alzó una gran columna de agua en la que se abrieron dos ojos acuosos.

—Perdón —dijo el espíritu del agua—. He creído oír a una espíritu del agua por aquí, y bastante melodiosa, por cierto. Veo que me he equivocado.

—Hemos sido nosotros —le dijo Hilda—. Esperábamos que pudieras llevarnos a la isla Caldera.

—No hay problema —le contestó el espíritu del agua—. ¿Por encima del agua o por debajo?

—Por encima, por favor —le pidió Hilda.

Apareció una escalera de agua. Hilda, Frida y Twig subieron por ella y llegaron a la cabeza del espíritu.

—¿Dónde nos agarramos? —tartamudeó Frida.

—En ningún sitio —le contestó Hilda con una sonrisa—. Haz como si estuvieras en una tabla de surf.

Frida extendió los brazos a los lados y cerró los ojos con fuerza. A medida que el espíritu del agua cruzaba zumbando la bahía, una pequeña isla rocosa fue apareciendo en el horizonte.



El espíritu se dirigió a ella y dejó a sus pasajeros en una playa pedregosa.

—Se me ha mojado el culo —dijo Frida—. Y la mochila.

Hilda hizo una reverencia al espíritu del agua.

—Lo que mi amiga quiere decir es que gracias, amable espíritu. ¿Podrías esperarnos aquí para llevarnos de vuelta?

—No será necesario —le contestó el espíritu alegremente—. Nadie que llega aquí necesita viajar de vuelta. Tú ya me entiendes.

—Ah. —Hilda tragó saliva—. Vale.

Las niñas caminaron con dificultad por la playa. Alfur iba en la oreja de Hilda y Twig corría delante de ellas.

—Según el libro —dijo Frida—, las señales que indican una guarida de lombriz de fuego incluyen follaje alterado, tierra removida y...

—¿Humo oscuro? —preguntó Hilda.

Señaló al centro de la isla, donde columnas de humo morado se alzaban en el aire.

—Bien visto —le dijo Frida—. Pero tenemos que darnos prisa. Solo falta una hora para que se ponga el sol.

En lo alto de la playa las piedras eran cada vez más grandes. Las dos niñas no tardaron en trepar enormes rocas y saltar de una a otra cogiéndose de la mano en las partes más difíciles. Había una roca tan grande que Hilda tuvo que subirse a hombros de Frida y luego tirar de ella.

Al final tuvieron que descender un valle escondido. Caminaron entre mimosas que se iban encogiendo, atravesaron arbustos de lilas y de salvias silvestres, y después pasaron por una flor medusa gigante y por saxífragas doradas y plateadas.

—Esto es increíble —susurró Frida—. Parece un jardín.

Twig, que avanzaba dando saltitos, se detuvo de repente al llegar a un claro. Se le erizó el pelo del pescuezo. Aquello debía de ser la guarida de la lombriz de fuego.

Hilda respiró hondo.

—Por David —susurró.

—Por David —repitió Frida.

Entraron en el claro. En medio dormía una bestia colosal que parecía medio dragón y medio serpiente. Tenía la enorme cabeza y el hocico apoyados en un cuerpo largo y enroscado, cubierto de escamas verdes y amarillas que se superponían entre sí.

—Uau —susurró Frida—. ¿ESO es una lombriz de fuego?

—Claro —le contestó Hilda—. ¿Qué te esperabas?

—Una lombriz —replicó Frida.

De las fosas nasales de la bestia salía un humo morado, y con cada ronquido lanzaba una pequeña llamarada.

—Perfecto —dijo Hilda—. No tenemos ni que despertarla. Solo tenemos que sujetar el contrato delante de su nariz y, ¡puff!, problema resuelto.

Hilda rebuscó en su mochila y sacó el contrato. Con las manos temblorosas, se acercó sigilosamente a la bestia dormida y colocó el montoncito de papeles debajo de sus enormes fosas nasales.

La lombriz de fuego inspiró.

Hilda dio un paso atrás y esperó la llama.

Y esperó.

Y esperó.

—Espira —susurró Hilda—. Vamos. Espira.

La bestia movió sus orejas cubiertas de escamas.

—Oh —dijo Hilda.

La bestia se levantó sobre sus patas traseras.

—Oh, no —dijo Hilda.

Los enormes párpados de la bestia se abrieron.

—¡CORRE! —gritó Hilda.

7



Hilda sujetó con fuerza el contrato y echó a correr, pero la lombriz de fuego dejó caer la cola delante de ella y le cerró el paso. Tenía enormes manchas de camuflaje por toda la espalda.

—¿Quién eres? —gruñó la lombriz de fuego, furiosa, con las pupilas reducidas a una rendija—. ¿Y por qué te acercas a mí mientras estoy durmiendo?

—¿Yo? —le preguntó Hilda—. ¿Acercarme a ti? Vale, sí, creo que se puede decir que me he acercado a ti. Deja que te explique...

Pero la lombriz de fuego ya había visto el contrato que Hilda tenía en la mano.

—Ah, ya veo. Otro elfo intentando anular un contrato. ¿De qué se trata esta vez? ¿Un contrato de alquiler de corta duración? ¿Un contrato de confidencialidad? Me trasladé aquí para tener un poco de intimidad, pero aun así seguís molestándome, ¿verdad? «Oh, amable lombriz de fuego, por favor, ofrécenos una llamarada. Por favor, bonita, solo una

llamarada y nos vamos.» PUES YA ESTOY HARTA, ¿ME OIS?
¡ESTOY HASTA LAS GLÁNDULAS DE HIDRÓGENO! ¿POR
QUÉ IBA A OFRECER MIS VALIOSAS HABILIDADES
GRATIS? ¡DEVORÉ A LOS ANTERIORES Y OS DEVORARÉ A
VOSOTROS!

La lombriz de fuego se levantó y aspiró una gran bocanada de aire. En ese preciso momento, Twig pegó un brinco y avanzó hacia la lombriz de fuego ladrando y gruñendo. De las fosas nasales de la bestia salieron lenguas de fuego. El zorro ciervo esquivó la primera llama, pero la segunda le chamuscó la punta de su peluda cola blanca.



Twig había conseguido distraer a la lombriz de fuego el tiempo suficiente para que Hilda subiera por la áspera cola cubierta de escamas y bajara por el otro lado, donde estaba Frida con los ojos muy abiertos y temblando.

—¡Corre! —gritó Hilda cogiendo de la mano a Frida.

Corrieron juntas hasta los árboles, y la lombriz de fuego se deslizó detrás de ellas golpeando la tierra con sus fuertes patas delanteras. Sus escamas superpuestas emitían un suave sonido rasposo al rozarse entre sí.

Hilda y Frida no sabían adónde iban, y no tardaron mucho en encontrar un obstáculo: una pared de roca en la parte norte del jardín de la bestia bloqueaba el camino.

Estaban atrapadas.

Cuando la lombriz de fuego abrió la mandíbula y tensó sus glándulas de hidrógeno, Hilda dio un paso adelante con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Me encanta lo que has hecho aquí! —gritó.

La bestia dudó.

—¿Eh?

—¡Tu jardín! —exclamó Hilda—. Me encanta. Tienes manos de jardinero.

La lombriz de fuego se miró las garras cubiertas de escamas con recelo.

—Veo que has plantado matas de áster entre las varas de oro —siguió diciendo Hilda—. El violeta y el amarillo combinan estupendamente. ¡Eres un genio!

La lombriz de fuego hizo una mueca.

—Sí, me encanta la jardinería —le contestó—. Los dragones más jóvenes prefieren las monedas de oro y las copas de plata, pero las plantas son los auténticos tesoros de la tierra, ¿no crees?

—Por supuesto. —Hilda asintió con ímpetu—. Estoy de acuerdo contigo al cien por cien.

—Te creo. Pero no puedo pasarme el día de charla. Ha llegado el momento de achicharraros.

Hilda se quedó sin ideas. Cerró los ojos y esperó que la muerte fuera rápida.

—¡Espera! —Frida dio un paso adelante y se colocó al lado de Hilda—. No nos quemes. Sería una pena destrozarse las bonitas plantas que llevo en la mochila.

La lombriz de fuego miró la mochila de Frida.

—¿Plantas?

—Plantas *fascinantes* —le contestó Frida abriendo la mochila y sacándolas.

—Creo que *fascinantes* es un poco exagerado —murmuró Hilda.

La lombriz de fuego miró las plantas fijamente.

—¿Gramíneas? ¿Cardos morados? ¿Dientes de león? ¡**UAU!** Llevo años intentando conseguir flores de ciudad, pero soy demasiado tímida para ir a Trolberg. ¿Me dejáis quedarme con estas bonitas plantas? A cambio, estaré encantada de quemar vuestro contrato.

—¿Y no nos harás daño? —le preguntó Frida.

La lombriz de fuego puso los ojos en blanco.

—Bueno, si insistes...

Al espíritu del agua le sorprendió ver que sus pasajeros habían salido ilesos de la guarida de la lombriz de fuego.

—¿Estáis seguras de que habéis visto a la criatura? —les preguntó.

—Sí —le contestó Hilda.

—¿Y seguís todos vivos?

Hilda se pellizcó.

—Eso parece —le dijo.

Frida miró al espíritu del agua.

—Déjate de chácharas —le dijo—. Tenemos que volver con el Clan Perdido de los Condados Élficos del Norte antes de que se ponga el sol o nuestro amigo David tendrá que luchar con la vieja Agnes.

—Problemas del primer mundo —murmuró el espíritu—. Pues vamos, subid.

El cielo era un resplandor carmesí y naranja, y el sol ya casi besaba el horizonte. Hilda y Frida atravesaron el fiordo, saltaron al muelle de la bahía y corrieron por la ciudad hasta la muralla.

—¡Bartel! —gritó Hilda—. ¡Bartel, ya estamos aquí!

Unos elfos guerreros surgieron de entre el musgo y les cerraron el paso. Alzaron sus armas. *!Zas!*

—¡Hola, hola! —gritó una voz desde las alturas.

Hilda miró hacia arriba y vio a Bartel Braga en lo alto de la muralla. El elfo se pasó una enredadera alrededor de la cintura y saltó. Cayó en picado hacia el suelo gritando de alegría.

—Fanfarrón —susurró Hilda.

Bartel aterrizó de pie, se desató la enredadera e hizo una reverencia.

—Podéis aplaudir si queréis —les dijo.

Alfur saltó al hombro de Hilda sonriendo de oreja a oreja y aplaudiendo con todas sus fuerzas.

—¡Bravo! —gritó—. *¡Otra, otra!*

—¿Dónde está David? —preguntó Hilda.

—Cada cosa a su tiempo —le contestó Bartel—. Primero quiero ver qué tenéis para mí.

Frida llegó resoplando y jadeando hasta donde estaba Hilda. Abrió su mochila y volcó el contenido al suelo. Los elfos salvajes se acercaron a mirar. Un montoncito de cenizas lanzó destellos verdes y dorados en la penumbra.

—Ese resplandor... —Bartel respiró hondo—. ¡Es llama de lombriz de fuego!

Alfur sonrió.

—Vuestro destierro ha terminado —dijo—, y también vuestro conflicto con los Aldric.

Bartel saltó de alegría y chocó la mano con Alfur.

—¡Fantástico! —gritó—. Agnes, ve a decir a la tercera unidad de cuerdas que desaten al tonto de nuestro rehén.

Un par de minutos después apareció David, pálido pero ileso. Frida le sacudió las ramitas y las hojas de la ropa, así como toda una colonia de bichos del pelo.

Alfur pasó el brazo por los hombros de su nuevo amigo, Bartel.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó—. ¿Te das cuenta de que ahora podéis volver al valle y vivir como elfos normales?

—¿Vivir como elfos normales? —repitió Bartel. La sonrisa se le desvaneció de la cara—. ¿Quieres decir vivir en casas?

—Sí.

—¿Con bolígrafos y cuentas bancarias?

—Efectivamente.

—¿Con gatos caseros, aspiradoras y cepillos para el pelo?

—Y muchas otras cosas, sí.

—Uf. —Bartel se estremeció—. No te ofendas, Alfur, pero creo que vamos a quedarnos en el campo.

8



Esa noche, tumbada en su cama, Hilda pensaba en lo extraños que pueden ser los niños humanos. Se había metido en un montón de problemas para rescatar a David, pero el niño había vuelto derecho a su casa sin decir una palabra, ni siquiera un simple «gracias».

Era doblemente extraño porque de hecho la misión había resultado ser un gran éxito. Cada uno de ellos había cogido una muestra de artiga azul antes de marcharse, y David también había cogido varias piedras muy bonitas. Tenía mil razones para estar contento, así que ¿por qué demonios parecía tan enfadado?

Frida no estaba mucho más contenta. De vuelta a casa, cuando Hilda la felicitó por su rápida reacción en la guarida de la lombriz de fuego, ella se limitó a gruñir. No sonrió, no se rio ni compartió su alegría. Solo gruñó y se quedó callada.

Hilda no entendía por qué su madre se empeñaba en que tuviera amigos humanos. Los amigos mágicos eran mejores en todos los sentidos. Eran

amigos en los que podía confiar.

Hilda miró con cariño a sus compañeros mágicos. Twig estaba acurrucado a los pies de su cama. Alfur estaba sentado en su mesa, escribiendo uno de sus informes sobre las aventuras de ese día. En cuanto al cuervo que hablaba, estaba tumbado en su manta con las alas extendidas, canturreando fuera de tono.

—Oye, señor Cuervo —le dijo Hilda—, ¿recuerdas ya cómo te llamas?

—No.

—¿Recuerdas algo de ti mismo?

—No. —El cuervo puso los ojos en blanco—. Ni siquiera recuerdo cómo volar. Mis alas están bien, pero no recuerdo cómo se utilizan. ¡Es humillante!

—Vaya—Hilda se rio—. Necesitas una pastilla para la memoria, ¿verdad?

Nada más decir estas palabras, a Hilda se le ocurrió una idea. Miró al cuervo, luego su mochila, que estaba junto a la puerta, y otra vez al cuervo. Recordó lo que le había dicho a Frida: *La ortiga azul no es como la verde... Dicen que es buena para el cerebro.*

Hilda corrió a buscar las que había recogido.

—Toma, cómetelas —le dijo al cuervo dejándole las flores delante.

El cuervo picoteó la punta de una hoja y ladeó la cabeza.

—¿Y bien? —le preguntó Hilda—. ¿Recuerdas algo?

—¡Sí! —exclamó el cuervo—. ¡Soy importante!

Hilda frunció el ceño.



—Todo el mundo se cree importante.

El cuervo se comió otra hoja, y otra más. No tardó mucho en engullir todo el ramillete.

—Esas flores eran mi trabajo para la exposición de clase —dijo Hilda.

—El trabajo más sabroso que he probado nunca —le dijo el cuervo—. ¿O no? No estoy seguro.

El cuervo, con la barriga llena, volvió a tumbarse en su manta y cerró los ojos como si fuera a dormirse. De repente, un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo y se incorporó de golpe.

—¡Recuerdo algo! —gritó el cuervo—. ¡Recuerdo una estatua gigantesca!

—¡Muy bien! —le dijo Hilda—. ¿Cómo era?

—¡Un hombre calvo con barba y una capa! Aterricé en esa estatua y miré a la gente.

—¡Genial! —exclamó Hilda—. ¿Y qué hacía la gente?

—¡Me miraba a mí!

—¿Y qué pasó después?

—¡Algo increíble! —gritó el cuervo—. Pero no recuerdo el qué. Buenas noches... Gilda.

Al día siguiente, en el colegio, la clase de Hilda hizo decoraciones para la carroza. Hicieron miles de flores de papel, cientos de pájaros de papel y una enorme estatua de papel maché de Edmund Ahlberg, el fundador de la escuela.

A medida que pasaban las horas, Hilda observaba cada vez más confusa cómo la estatua de papel maché adquiría forma. Cuando sonó el timbre del recreo, se acercó a la señorita Hallgrim y le tiró de la manga.

—Perdón, señorita —le dijo—. ¿Por qué hay un troll durmiendo a los pies de Edmund Ahlberg?

—No está durmiendo —le contestó la señorita Hallgrim—. Está muerto.

—¿Muerto? —gritó Hilda.

—Por supuesto —dijo la señorita Hallgrim—. ¿No escuchaste **NI UNA SOLA PALABRA** de nuestra clase de historia de la semana pasada? Edmund Ahlberg fue el mejor cazador de trolls que nuestra ciudad haya tenido **jamás**.

Hilda miró fijamente a la profesora.

—Pero... pero... ¡es horrible! —gritó—. ¿Por qué homenajeamos a un hombre que fue tan cruel y malvado? ¿Por qué tenemos que desfilar por la ciudad con una estatua de papel maché de un asesino? ¿Con qué derecho mató a pobres trolls indefensos?

La señorita Hallgrim frunció los labios.

—No seas conflictiva, Hilda —le dijo—. Edmund Ahlberg fue un **GRAN** hombre, y esta escuela **NO EXISTIRÍA** sin él. Y hablando de **SER CONFLICTIVA**, Hilda, lamento decirte que he recibido quejas sobre tu comportamiento **FUERA DE LA ESCUELA**.

—¿Fuera de la escuela?

—Junto a la muralla de la ciudad, para ser exacta.

La señorita Hallgrim miró a Hilda con los ojos brillantes.

—Oh —dijo Hilda—. Ya veo.

—Debido a tu comportamiento, los padres de Frida y de David me han pedido que cambie los grupos para la exposición de las maravillas de Trolberg. Frida y David seguirán adelante con su trabajo de **PLANTAS** de Trolberg, y tú, Hilda, prepararás un trabajo diferente **TÚ SOLA**.

9



Hilda estuvo triste toda la tarde. Frida y David le contestaban con mucha educación cada vez que les dirigía la palabra, pero no en un tono que se pudiera considerar amistoso. David, en concreto, le lanzaba miradas nerviosas, como si en cualquier momento Hilda fuera a chasquear los dedos para convocar a una horda de elfos guerreros montados en conejos.

Por otra parte, Trevor se mostraba muy amable. *¿Como está el pājaro, Hilda?*, le preguntaba una y otra vez. *¿Como está el pājaro? Por cierto, Hilda, creo que te va a encantar lo que voy a presentar en la exposición de maravillas de Trolberg. Estoy impaciente por que la veas!*

Hilda había observado que los días más duros en el colegio eran los que parecían más largos. Aquel día parecía haber durado ya cien años. Pero el timbre sonó por fin, junto con todas las campanas de la ciudad.

Entonces se colgó la mochila en los hombros y huyó de la clase, del edificio y de la entrada exterior. Dejó atrás la estación de tren y la farmacia Nils Pills. Cruzó el río por el puente de Bronstad Lane. Pasó por el Scout Hall, por el colmado, por tropecientas casas espantosas y llegó a su bloque.

Muy triste, Hilda subió los tres tramos de escaleras y entró en su casa. Su madre estaba en el pasillo, extendiendo pintura en grandes arcos blancos.

—Uf —dijo Hilda.

—Buenas tardes a ti también —le dijo su madre—. ¿Me das un abrazo?

Hilda se quitó los zapatos.

—Nuestra casa siempre olía a jengibre, a nuez moscada y a comino —murmuró—. Ahora solo huele a pintura.

—No por mucho tiempo —le contestó su madre—. Dentro de poco todo el piso estará tan limpio y blanco como flores de las nieves.

—No me gustan las flores de las nieves.

—Qué mal.

Su madre extendió la mano con que sujetaba la brocha y pintó un puntito blanco en la punta de la nariz de su hija.

En una situación normal, Hilda habría gritado de risa y habría corrido a vengarse, pero se limitó a quedarse en el pasillo, con la manchita de pintura en la punta de la nariz, sintiéndose muy pequeña y desgraciada.

—¡Hilda, estás llorando! —exclamó su madre, que corrió a darle un fuerte abrazo—. ¿Qué te ha pasado?

Hilda apretó la cara contra el hombro de su madre, y las palabras le salieron de la boca como un torrente.

—Pensaba que tenía dos amigos en el colegio y salimos juntos en busca de aventuras pero tuvimos unos problemillas de nada y ahora me tienen miedo y sus padres no me dejan trabajar con ellos y tengo que hacer sola el trabajo para la exposición de clase pero es imposible porque en Trolberg no

hay nada maravilloso y lo único que quiero es volver a nuestra cabaña del campo.

Su madre siguió abrazándola y no dijo nada durante un buen rato.

—¿Chocolate caliente? —le preguntó por fin.

Hilda asintió y se obligó a sonreír. Diez minutos después, madre e hija estaban sentadas en el sofá del comedor con tazones de rico chocolate humeante en las manos.

—Para serte del todo sincera —le dijo su madre—, el trabajo de tus amigos no me parece gran cosa. Estoy segura de que ese pájaro está plagado de enfermedades.

Hilda la miró.

—¿Qué pájaro?

—El cuervo. David ha venido a buscarlo esta mañana, después de que te marcharas al colegio. Le he dicho que en esta casa no había pájaros, y me ha contestado que seguramente lo habías guardado en tu habitación, y sí, ahí estaba. No estoy enfadada contigo, Hilda, pero me gustaría que me pidieras permiso antes de traer bichos con plumas y... ¡Oye! ¿Adónde vas?

Hilda había dejado de golpe su tazón en la mesa y corría por el pasillo. Cuando entró en su habitación, Twig estaba a los pies de su cama, pero la manta de la esquina estaba vacía.

—¿Cómo era? —gritó Hilda corriendo hacia el comedor.

—Ojos pequeños, redondos y brillantes, plumas negras...

—¡El cuervo no, el niño! —Hilda pegó un pisotón contra el suelo—. El niño que te ha dicho que era David. ¿Cómo era?

—Pelo negro, creo —le contestó su madre—. Mejillas muy rojas. Con un gorro naranja con orejeras.

—Ese no es David —gimió Hilda—. ¡Es Trevor!

—¿Otro amigo tuyo?

—No, no es amigo mío, es el niño más malo de todo el colegio.

Su madre pareció confundida.

—Si no es amigo tuyo, ¿cómo sabía dónde vives?

—Acabamos de llegar a la ciudad —le explicó Hilda—, y además
TENGO EL PELO AZUL.

—Es verdad. —Su madre sonrió—. No pasamos inadvertidas precisamente. A nadie le costaría mucho encontrar dónde vivimos.

Hilda no se podía creer que su madre sonriera en un momento como aquel. Debería lanzarse a sus pies y suplicarle perdón, pero lo que hacía era quedarse en el sofá sorbiendo chocolate caliente y sonriendo.

Hilda volvió corriendo a su habitación y se tiró en la cama, furiosa con su madre por haberle dado el cuervo a Trevor y, ante todo, furiosa consigo misma por no haberlo escondido adecuadamente. ¡Pobre cuervo! Al día siguiente Trevor lo arrastraría a la escuela para la exposición y sin duda lo chincharía, lo achucharía y lo obligaría a hablar.

—Alfur, ¿estás ahí? —susurró Hilda secándose las lágrimas.

—Aquí estoy. —Alfur asomó la cabeza desde detrás de la lámpara de la mesita—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Puedes venir mañana conmigo a la exposición del colegio? —le preguntó Hilda—. Han raptado al cuervo.

—¡Oh, no! —exclamó Alfur.

—Lo rescataremos.

—¡Oh, sí! —dijo Alfur.

—O moriremos en el intento.

—¡Oh, no! —dijo Alfur.



10



El día de la Gran Cabalgata amaneció luminoso y sin nubes. Aquel día especial Hilda no tenía que ir al colegio hasta la tarde, para la exposición, así que se quedó en la cama todo lo que pudo, escuchando la radio. Estaban emitiendo la previsión del tiempo, y Victoria van Gale decía que el día iba a ser frío y seco, con una ligera nevada a las siete y cuarenta y un minutos de la tarde.

—A las siete y cuarenta y un minutos —se rio Alfur—. Qué precisión, ¿verdad?

Hilda pasó la mañana leyendo y jugando a Dragon Panic con su madre. Pero le costaba concentrarse. No dejaba de pensar en el pobre cuervo, se preguntaba dónde estaba y esperaba que Trevor no le hubiera hecho daño.

A las tres de la tarde, se sintió aliviada. Hilda cogió su mochila, se despidió de su madre y se dirigió al colegio con Alfur en la oreja.

Lo primero que vio al llegar a la escuela fue la carroza del cazador de trolls. Estaba en medio del patio, llena de pájaros y flores de papel de todos

los colores del arcoíris. En el centro de la carroza estaba Edmund Ahlberg, con una espada en la mano, con un troll muerto a los pies y una expresión de triunfo en su fea cara de papel maché.

Dentro de la clase habían colocado las mesas formando una larga línea alrededor de tres paredes para mostrar lo que habían preparado los niños. Del techo colgaban serpentinas y cadenas de papel. En una enorme pancarta colgada en la pizarra se leía: «MARAVILLAS DE TROLBERG».

Frida y David ya estaban allí, preparando su arreglo floral, una elegante pirámide de piedras. Entre las piedras asomaban musgo y gramíneas, y el ramillete de ortigas azules, que tanto les había costado conseguir, se alzaba orgulloso en la cima. En aquel momento, David estaba colocando el último trozo de musgo en un hueco de la parte inferior de la pirámide. En cuanto vio a Hilda, se asustó, hizo un movimiento brusco con la mano y le cayó encima toda la pirámide.

Frida chasqueó la lengua, enfadada.

—¡David, qué torpe eres! —le dijo.

—Perdón —murmuró David metiéndose debajo de la mesa para recoger las piedras.



—Disculpadme los dos —dijo Hilda en tono frío—. ¿Habéis visto a Trevor?

—No —le contestó Frida—. ¿Por qué?

—Por nada. Avisadme si lo veis, por favor.

Hilda se dirigió al otro extremo de la clase y sacó de su mochila un frasco que contenía una docena de motas naranjas. Dejó el frasco en una mesa y se sentó al lado.

Frida miró el frasco con recelo.

—¿Es para la exposición? —le preguntó.

—Sí —le contestó Hilda.

—¿Qué son?

—Gatitos —dijo Hilda.

Tres semanas antes, por razones que habían escapado al control de Hilda, una pequeña gata elfo de color marrón había dado a luz en su pelo. Los gatitos debían de haber sido al menos cien, porque últimamente cada vez que Hilda se peinaba caía un puñado de ellos. Si los miraba con una lupa eran preciosos, pero en el pelo picaban una barbaridad.

—Nunca he oído hablar de esos gatitos —dijo Frida—. Seguro que no son de Trolberg.

—Ahora sí lo son —replicó Hilda.

David miró desde debajo de la mesa.

—¿Son pe-pe-peligrosos? —tartamudeó.

—Muy peligrosos —mintió Hilda.

David gritó de miedo, y Alfur empezó a reírse a carcajadas.

—¡Qué traviesa eres! —le susurró a Hilda, que, aunque aún estaba enfadada, no pudo evitar sonreír para sus adentros.

Los demás niños llegaron en grupos de tres y empezaron a preparar sus trabajos. Había plumas, bellotas y hojas del parque. Había violines de madera de arce y arpas en forma de dragón. Había máquinas de escribir, teteras, cortadores de galletas, tirachinas, colecciones de monedas, colecciones de sellos, colecciones de lámparas de aceite, campanas de mano, campanas de trineo, campanas de noche, campanas de día, juegos de ajedrez, redes de pesca, cámaras y relojes.

Hilda observó la increíble colección de objetos. Después de todo, quizá una exposición sobre maravillas de Trolberg no era una idea tan descabellada.

El último en llegar fue Trevor. Entró en la clase dándose importancia y colgó un gran letrero delante de su mesa. Todavía no había indicios del cuervo, pero las palabras del letrero hicieron que a Hilda se le cayera el corazón a los pies:

«¡HABLA! ¡CANTA! ¡PREPARAOS PARA ASOMBRAROS!».

Hilda corrió hacia Trevor y lo agarró de la muñeca.

—¿Dónde está? —gritó—. ¿Dónde está mi cuervo?

Trevor sonrió.

—No es tuyo, Hilda. No es de nadie. Es un cuervo feliz y libre, como todas las criaturas de Trolberg.

Trevor se sentó, puso los pies en la mesa y empezó a canturrear muy desafinado.

—¡Eres muy malo! —gritó Hilda—. ¡Eres la persona más mala que he conocido en toda mi vida!

Sintió un golpecito en el hombro, se giró y vio a la señorita Hallgrim cerniéndose sobre ella.

—Hilda, **YA BASTA** —dijo la maestra—. Los padres empezarán a llegar enseguida, y **NO** voy a permitirte que **AVERGÜENCES** a esta clase, ¿me entiendes?

—Sí, pero...

—**¡HE DICHO QUE SI ME ENTIENDES!**

—Sí, señorita.

—Bien. Pues entonces **SIÉNTATE** junto a tu frasco de tierra naranja y no muevas ni un músculo hasta que **TERMINE** la exposición.

11



Los padres llegaron a las cuatro en punto. Entraron en la clase con una sonrisa nerviosa y se sentaron en filas de sillas de plástico demasiado pequeñas para ellos. La señorita Hallgrim se colocó al frente y esperó a que se callaran. Los padres dejaron de charlar y todos apoyaron las manos en el regazo, menos la madre de Hilda, que saludaba a su hija con la mano como una loca. Hilda fingió no darse cuenta.

—¡Bienvenidos todos! —La señorita Hallgrim sonrió—. Hoy es el día **MÁS** importante del calendario de Trolberg, el día de la **GRAN CABALGATA**. En nombre de la clase de cuarto B, estoy **ENCANTADA** de presentaros nuestra exposición sobre **MARAVILLAS DE TROLBERG**.

La puerta de la clase se abrió y Trevor entró de nuevo, esta vez con una jaula. Encerrado dentro había un pájaro aterrorizado, con los ojos muy abiertos. Cuando el cuervo vio a Hilda, levantó una débil ala para saludarla.

Hilda apretó los puños mientras observaba a Trevor llevar al cuervo a su mesa y sentarse.

Como a la señorita Hallgrim no le gustaba nada que llegaran tarde, lanzó a Trevor una mirada de desaprobación y siguió con su discurso.

—Damas y caballeros, **EMPEZAMOS** nuestra exposición con una breve **PELÍCULA** sobre la historia de nuestra gran ciudad. Frida, apaga la luz.

Frida apagó la luz y cerró las persianas. La clase se sumió en la oscuridad. Un proyector empezó a zumbar. Animaciones del antiguo Trolberg se desplazaron por la pantalla y un narrador empezó a hablar.

«Trolberg se fundó hace seiscientos años. Las murallas de la ciudad se alzaron ladrillo a ladrillo entre las montañas y el mar. Pero aquellos tiempos eran peligrosos. Los trolls sedientos de sangre del monte Halldor y del monte Har tardaron en entender que aquella tierra ya no era suya. Nuestros valientes antepasados tuvieron que defenderse de los ataques diarios..»

Hilda sabía que su mejor oportunidad para rescatar al cuervo era al amparo de la oscuridad. Se puso a cuatro patas y gateó entre las filas de padres en dirección a la mesa de Trevor. Prestó atención por si oía graznidos de cuervo, pero lo único que oía era la historia de Trolberg.

«Un hombre hizo más que ningún otro para vencer a los fastidiosos trolls. El poderoso Edmund Ahlberg mató a tantos que la gente lo llamaba el cazador de trolls. El noble nombre de Ahlberg puede verse incluso en nuestros días en edificios de toda la ciudad: la cafetería Edmund Ahlberg, la barbería Edmund Ahlberg, la escuela primaria Edmund Ahlberg...»

Hilda había llegado a las mesas del otro lado de la clase. Levantó las manos y las pasó por la superficie. Tocó lámparas, cámaras y campanas de todo tipo, pero no una jaula.

—Date prisa —le susurró Alfur al oído—. La película puede acabar en cualquier momento.

«En cuanto terminaron las murallas de la ciudad, los habitantes de Trolberg construyeron una estatua de su dios. Lo llamaban dios cuervo, porque creían que utilizaba a los cuervos como mensajeros...»

Al escuchar la palabra «cuervo», Hilda levantó la mirada rápidamente. En la pantalla se veía una colosal estatua de piedra de un hombre calvo, con barba y con capa. Un recuerdo se agitó en el fondo de su mente. ¿Dónde había oído hablar de aquella estatua?

Mientras Hilda se estrujaba el cerebro, la película siguió diciendo:

«Un día, un cuervo gigantesco llegó volando desde el cielo y se posó en el hombro de la estatua del dios cuervo. Aquel año hubo una gran cosecha. Todo el mundo prospero. Los habitantes de Trolberg creyeron que habían tenido buena cosecha gracias a la visita del Gran Cuervo, así que empezaron a celebrar una cabalgata anual en su honor...»

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —susurró Alfur a Hilda—. ¿No dijo nuestro amigo con plumas que creía que era importante? ¿Y que recordaba haberse posado en la estatua de un hombre calvo, con barba y con capa del centro de la ciudad?

«La cabalgata sigue celebrándose en la actualidad. Unos la llaman la Cabalgata del Pájaro. Otros la llaman la Gran Cabalgata. Si el Gran Cuervo aparece en el cielo el día de la

Gran Cabalgata, la cosecha de ese año será buena. Si el Gran Cuervo no vuela, entonces la cosecha será mala y nadie tendrá suficiente comida.»

Hilda miraba la pantalla. Alfur tenía razón. Su cuervo era el Gran Cuervo, aunque había cambiado de forma. Y si no volaba en la Gran Cabalgata, la ciudad sufriría mucho.

No podía perder un segundo. Temblando, Hilda se puso de pie en la clase oscura llena de padres y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Salvemos al Gran Cuervo!

Se produjo un breve silencio de sorpresa, y después un destello de luz y un ruido estruendoso.

—¡La luz! —gritó la señorita Hallgrim.

Frida abrió las persianas, y el sol de la tarde entró por las ventanas. Los padres se quedaron boquiabiertos ante la escena que tenía lugar delante de ellos. El proyector estaba en el suelo, destrozado. La pirámide de piedras de Frida y David se había esparcido por toda la mesa.

—¡Nuestra bonita pirámide! —gimió Frida.

La señorita Hallgrim observó el desastre.

—¿QUÉ HA PASADO AQUÍ?

Frida dio un paso adelante y señaló una piedra puntiaguda que había caído entre los restos del proyector.

—Parece que alguien ha tirado una de nuestras piedras contra el proyector, señorita.

Todos los ojos se giraron hacia Hilda, que estaba al lado de la pirámide caída. Incluso su madre la miraba fijamente.

—No he sido yo —dijo Hilda—. Sé que cuesta creerlo, pero no he sido yo, de verdad.

—¿De verdad? —La señorita Hallgrim frunció los labios—. Y entonces ¿**POR QUÉ** no estás sentada en tu **SILLA**?

Hilda señaló el pájaro de la jaula de Trevor.

—Intentaba rescatar al Gran Cuervo.

Las carcajadas invadieron la clase. Tanto los niños como los padres se rieron, gritaron y se burlaron de ella.

La señorita Hallgrim movió las fosas nasales, furiosa.

—Hilda, creo que vas a **DESCUBRIR** que el Gran Cuervo es mucho **MÁS GRANDE** que este. El cuervo de Trevor es lo que los científicos llaman un cuervo **NORMAL**, un cuervo **CORRIENTE**, un **CUERVO ESTÁNDAR**, **COMÚN COMO EL BARRO**, **MEDIOCRE Y COTIDIANO**. Ahora ve a sentarte a tu silla y no sigas avergonzando a tu madre.

Hilda volvió a su silla con los ojos llenos de lágrimas.

La señorita Hallgrim recogió la piedra puntiaguda y la observó pensativa.

—Qué forma tan curiosa —murmuró—. Será mejor que la guarde en el cajón antes de que alguien se fije en ella.

12



En cuanto el conserje del colegio terminó de barrer el proyector roto, empezó la exposición. Hilda se quedó desplomada en su silla mientras la larga fila de padres pasaba por su mesa. La mayoría de ellos ni siquiera se molestaban en preguntar qué había en su frasco, que parecía vacío. En cuanto a la señorita Hallgrim, no dejaba de observar fríamente a Hilda para asegurarse de que no se movía de su silla.

Hilda cogió una hoja de papel y un lápiz y escribió una nota.

QUERIDA FRIDA:
SIENTO HABER PUESTO EN PELIGRO
A DAVID Y SIENTO QUE LA LOMBRIZ DE
FUEGO ESTUVIERA A PUNTO DE
MATARTE. PERDÓNAME, POR FAVOR.
QUIERO QUE VOLVAMOS A SER AMIGAS.
CON MUCHO CARIÑO,
HILDA

—Hilda, ¿qué demonios te ha pasado?

Su madre había llegado a la mesa y no parecía contenta.

—Yo no he tirado la piedra —le dijo Hilda—. Y ese cuervo de ahí es el Gran Cuervo, *estoy segura*. Cuando la otra noche le di de comer ortigas azules, recordó que es muy importante. Incluso recordó que se había posado en la estatua.

Su madre extendió la mano y le tocó la frente.

—Debes de estar enferma —le dijo.

—*¡No estoy enferma!* —exclamó Hilda—. Mamá, sabes perfectamente que me llevo bien con las criaturas mágicas. ¿Cuándo vas a empezar a confiar en mí? Ese cuervo es el Gran Cuervo y tenemos que asegurarnos de que vuele en la cabalgata.

Su madre miró al otro extremo de la clase. Trevor estaba inclinado sobre la jaula, riendo al cuervo con el índice extendido.

—Vamos —le decía—. Habla, como hiciste anoche. Di algo. Lo que sea. Su madre se mordió el labio y suspiró.

—Está bien, Hilda —le dijo por fin—. ¿Qué quieres que haga?

Hilda sonrió.

—¡Gracias, mamá! ¿Ves a aquella niña de allí? ¿La del portapapeles? ¿Con jersey azul? ¿Con horquillas amarillas? Necesito que le des esto.

Dobló la nota para Frida y se la entregó a su madre.

Mientras la fila avanzaba, y su madre con ella, a Hilda le llamó la atención un extraño repiqueteo que llegaba desde la parte delantera de la clase. Parecía proceder del cajón de la mesa de la profesora. Debían de ser las judías saltarinas que la señorita Hallgrim le había confiscado a Margie hacía unos días.

Hilda miró a su alrededor. Le pareció que nadie más había oído el ruido del cajón de la señorita Hallgrim. Estaban todos absortos contemplando la exposición. Pero cuanto más intentaba Hilda no hacer caso del sonido, más incómoda se sentía. Más que un traqueteo, eran golpes, y mucho más fuertes que los que harían unas judías saltarinas... Además ¿eran imaginaciones suyas o toda la mesa temblaba?

Hilda se devanó los sesos. Lo único que había visto meter en el cajón a la señorita Hallgrim era la piedra de forma extraña que había destrozado el proyector. Y la piedra de forma extraña no podía hacer ese ruido porque una piedra no salta sola. A menos...

A menos que sea una roca troll.

Tonterías, pensó Hilda. La piedra de forma extraña es demasiado pequeña para ser una roca troll. A menos...

A menos que sea una roca troll bebé.

Imposible, pensó Hilda. En Trolberg no hay rocas troll bebé. A menos...

A menos que una roca troll bebé llegara de alguna manera a la ciudad... y alguien la recogiera.

Hilda se quedó sin aliento al recordar su aventura con Frida y David en la muralla de la ciudad. Antes de separarse del Clan Perdido, cada uno de ellos había cogido un ramillete de ortigas azules, y David se había llevado también varias piedras de formas bonitas.

Tenía sentido. Al apagar la luz para ver la película histórica, la roca troll había vuelto a la vida, había saltado de la pirámide y se había lanzado contra el proyector. Al encender la luz, había vuelto a convertirse en roca. Y ahora que estaba encerrado en la oscuridad del cajón de la señorita Hallgrim, el troll había vuelto a la vida de nuevo y estaba intentando salir.

David también se había dado cuenta. Corrió hacia Hilda, pálido como las flores de nieve.

—Hilda, tienes que ayudarme —tartamudeó.

Ella lo miró y alzó una ceja. Llevaba meses practicando para poder alzar una sola ceja, y se alegró de tener por fin la oportunidad de hacerlo.

David se ruborizó.

—Siento haber sido tan antipático contigo.

—No te preocupes. —Hilda sonrió—. Siento haberos presionado para ir a buscar ortigas azules. Pero si llevas a este elfo invisible al cajón de la señorita Hallgrim, él forzará la cerradura. No hay problema.

—Rocas troll y elfos invisibles —gimió David—. Es como si todas mis pesadillas se hicieran realidad a la vez.

Hilda metió al elfo en el bolsillo del pantalón de David, y el niño se escabulló hacia la parte delantera de la clase. Alfur forzó la cerradura con sus brazos puntiagudos. En treinta segundos estaban de vuelta. David tapaba la piedra con las manos para que no la vieran los padres que pasaban.

—¡Lo habéis conseguido! —susurró Hilda—. Buen trabajo. Ahora solo tenemos que dejarla donde estaba antes de que anochezca.

—Siento mucho tener que decírtelo —dijo Alfur mirando al oeste—, pero ya está anocheciendo.

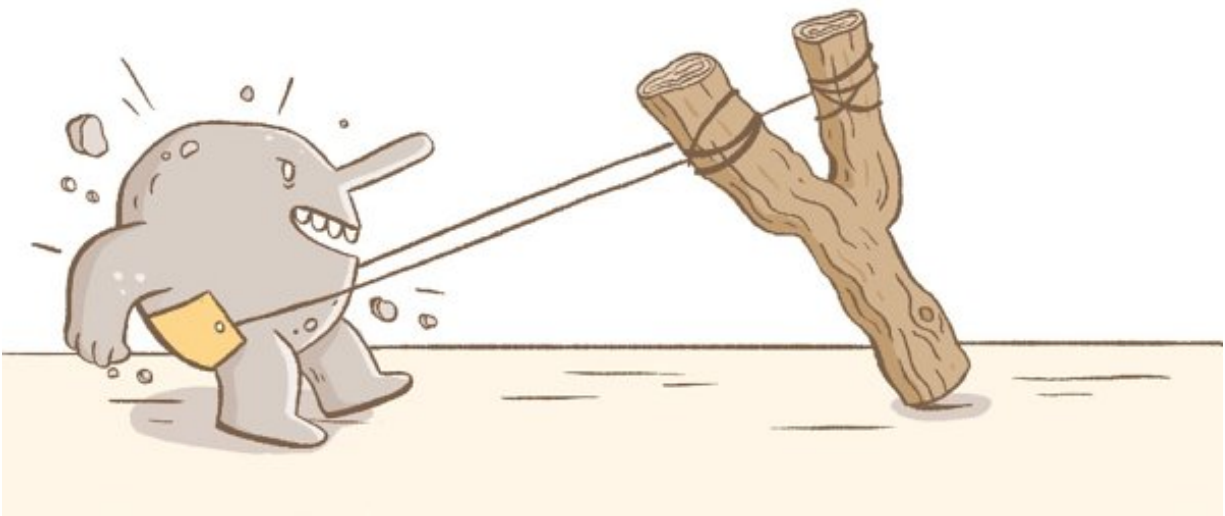
Alfur tenía razón. El último rayo de sol de la tarde brilló en la ventana, palideció y desapareció. La superficie de la piedra burbujeó y se hinchó, y Hilda observó dos puntos oscuros que parecían ojos. El troll se desenroscó, miró a David y hundió los dientes en su mano.

—¡AAAY! —gritó David tambaleándose hacia la mesa de Hilda.

El frasco de gatitos se estrelló contra el suelo, y Alfur se cayó del hombro de David y aterrizó en el agujero de una vieja lámpara de barro.

El troll echó a correr por las mesas. Pasó por encima de un arpa en forma de dragón —pling, plong, plung— y de una máquina de escribir —tac, tac, tac, tac, y luego saltó a un tirachinas y se echó hacia atrás para tensar la goma.

¡Aaaaaaah! El pequeño troll voló por los aires y desapareció por una rendija de ventilación de la pared de la clase.



13



Se oyó un ruido procedente de la puerta, y el señor Magnusson, el director, asomó la cabeza y entró en la clase. Le brillaban los ojos detrás de las gafas, y su enorme barba canosa se agitaba al hablar.

—Hola, hola, hola —dijo—. Parece que la clase de cuarto B está pasándoselo bien. Bienvenidos, padres. Me alegro de verles. Enseguida engancharemos la carroza de la escuela y nos dirigiremos a la Gran Cabalgata. Ya oigo las flautas, los tambores y... ¡oh, no!

Se interrumpió y miró por la ventana, horrorizado.

Hilda hizo lo mismo. Un enorme troll había entrado en el patio tambaleándose. Resopló, gruñó y olfateó el aire con su larga nariz.

—Interesante —dijo el señor Magnusson—. O es un juerguista de la Gran Cabalgata con un disfraz excelente, o... bueno, no, creo que podemos confirmar que se trata de un troll real. Cielos, creo que nunca había sucedido. Al menos, desde los tiempos de Edmund Ahlberg. ¿Qué cree que debemos hacer, señorita Hallgrim?

—¡HACER SONAR LA ALARMA ANTITROLLS! —gritó la señorita Hallgrim—. ¡HAY UNA EN SU DESPACHO!

—Alarma antitrolls. —El director se retorció el bigote con los dedos y asintió alegremente—. Inteligente idea. Escóndanse todos debajo de las mesas y yo haré sonar la alarma. ¡Pi-ppiiii!

El director, nervioso, alzó el pulgar y desapareció cerrando la puerta tras de sí. Hilda oyó el portazo y el roce de sus zapatos de piel alejándose en dirección a su despacho.

—¡No! ¡Espere! —gritó Hilda.

Salió de la clase y corrió por el pasillo detrás del director. Era sorprendentemente rápido para ser tan grande.

—¡Deténgase! —le gritó Hilda.

—¡Ahora no puedo hablar, peque! —le contestó entrando en su despacho.

Unos segundos después, cuando Hilda entró, el señor Magnusson estaba junto a la alarma antitrolls de la pared. Ya había levantado la tapa y estaba a punto de presionar el gran botón rojo.

—¡Por favor! —gritó Hilda—. ¡No lo haga! ¡No queremos conflictos!

El señor Magnusson la miró.

—Lo siento, peque, pero me temo que ya tenemos conflictos.

—¡No lo haga! —repitió Hilda—. Si aprieta el botón, toda la ciudad se asustará, la policía de trolls matará al troll y David irá a la cárcel por haber traído a un troll a la ciudad.

El director frunció el ceño. Su dedo seguía delante del botón rojo.

—Señor —le suplicó Hilda—, estoy segura de que el troll de ahí fuera es una madre que solo quiere recuperar a su hijo. Sé dónde está el bebé, señor. Puedo ir a llevárselo.

El señor Magnusson miró desde la ventana al furioso troll que estaba en el patio. Luego volvió a mirar a Hilda.

—Te doy un minuto, peque —dijo por fin—. Sesenta segundos para encontrar al troll bebé y devolvérselo a su madre. Si no puedes hacerlo en un minuto, no tendré más remedio que apretar el botón y llamar a la policía de trolls.

—Muy bien —le contestó Hilda—. Y otra cosa, señor.

—¿Qué?

—No me llamo peque. Me llamo Hilda.

Hilda salió corriendo del despacho y volvió a la clase. Todos estaban acurrucados debajo de las mesas intentando no hacer ruido. El único sonido que se oía en toda la clase procedía de dentro de la pared: el golpeteo de unos pies diminutos corriendo por el tubo de ventilación.

—Pobrecillo —murmuró Hilda pegando la oreja a la pared—. Debe de estar aterrorizado.

—No es el único —murmuró David, que estaba metido debajo de una mesa a su izquierda.

Hilda buscó por el suelo, entre los restos de la exposición. Cogió una moneda vieja y una red de pesca.

—¡Hilda! —Esta vez la voz era de su madre—. ¡Ven a esconderte!

—Un segundo —susurró Hilda.

Se arrastró hasta la rejilla de ventilación y aflojó los tornillos con el canto de la moneda. Retiró con cuidado la rejilla y la dejó en el suelo. Luego se agachó y escuchó por dentro de la pared el golpeteo de dos pies pequeños que se dirigían hacia el agujero. Tres... dos... uno... **¡AHORA!**

Hilda metió la red en el agujero de ventilación. En cuanto sintió el palo moviéndose en su mano, lo agarró con fuerza y lo sacó de un tirón.



Todos contuvieron la respiración. En el fondo de la red había un furioso troll bebé con una larga nariz y una diminuta cola. Olía a guiso de remolacha.

—¡David, abre la ventana, rápido! —dijo Hilda.

Al final resultó que David no tuvo que abrir la ventana, porque justo en ese momento el puño de un troll, grande como un jamón, atravesó el cristal desde el patio. La madre troll había olido a su bebé y venía a buscarlo, con o sin permiso.

Hilda metió la mano en la red y sacó al troll bebé sujetándolo por la cintura para que no pudiera morderla.

—¡Aquí, mamá troll! —gritó—. Aquí tienes a tu bebé. Está bien.

La mamá troll cogió a su bebé, retiró la mano por el agujero del cristal y se dirigió hacia la entrada de la escuela. Hilda observó a la troll deteniéndose un momento junto a la carroza del colegio y mirando la estatua de papel maché de Edmund Ahlberg, el cazador de trolls. La mamá

troll gruñó, levantó el puño y con un tremendo golpe aplastó la estatua y la dejó más plana que una tortita.

—¡Nuestro bonito Edmund! —se lamentó la señorita Hallgrim—. ¡Con las horas que nos ha costado hacerlo!

La troll se dirigió hacia la entrada y desapareció en la oscuridad con su bebé en brazos.

Hilda sintió una mano en el hombro.

—Has estado increíble —le dijo su madre—. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Gracias, mamá —le contestó Hilda.

Se quedaron una al lado de la otra, observando el desorden de la clase.

—Creo que la exposición ha terminado —dijo su madre tapándose la boca con la mano para que nadie viera que estaba riéndose—. Venga, cariño, nos vamos. Sé de un muro alto cerca de la estación de tren en el que podemos sentarnos para ver pasar la Gran Cabalgata.

—¡La Gran Cabalgata! —exclamó Hilda—. ¡Casi lo olvido!

14



Todos los demás niños y sus padres salían de debajo de las mesas y se sacudían la ropa, pero no se veía a Trevor y al cuervo por ninguna parte.

—Mamá —dijo Hilda—, ¿le has entregado a Hilda la nota que te he dado?

—Sí, claro.

—Gracias, mamá. Nos vemos luego.

Hilda le dio un beso y corrió hacia Frida.

—Frida, ¿estás bien? ¿Has leído mi nota?

—Sí. —Frida sonrió—. Es muy bonita. Gracias.

—¿Y has dado de comer al cuervo las ortigas azules y lo has liberado?

—No. No exactamente. —Frida bajó la mirada—. Le he preguntado a Trevor si podía hacerlo, pero me ha dicho que prefería que no. Me ha recordado que está prohibido inmiscuirse en el trabajo de otro alumno. Me ha advertido que perdería puntos si hacía algo raro.

—¿Se lo has PREGUNTADO? —Hilda no se podía creer lo que estaba escuchando—. Frida, ¿qué te pasa? Estoy intentando rescatar al Gran Cuervo y salvar a toda la ciudad de la miseria y del hambre, y lo único que te importa es cumplir las normas. ¡Increíble! ¿Dónde está Trevor?

—Se ha ido —dijo David uniéndose a ellas—. Estaba muy enfadado con el cuervo porque se negaba a hablar. Ha dicho que si no estaba de humor para hablar, quizá lo estaría para nadar.

—¿Nadar?

—Eso ha dicho.

Hilda cogió las últimas ramas de artiga azul de entre los restos del trabajo de sus amigos y se las metió en el bolsillo.

—Creo que Trevor está planeando algo horrible —dijo—. Vamos. ¡Tenemos que rescatar al pájaro!

La señorita Hallgrim observó sorprendida a Hilda, David y Frida salir corriendo de la clase.

—¿Hola? —dijo una voz cerca de su codo—. ¿Hola? ¿Puede alguien ayudarme?

La señorita Hallgrim bajó la mirada. La voz procedía del interior de una lámpara antigua.

—Esto resbala y no puedo subir —dijo la voz—. ¿Alguien puede darme la vuelta, por favor? ¿Hola?

Fue la gota que colmó el vaso. La señorita Hallgrim puso los ojos en blanco y se desmayó allí mismo, en medio de la clase.

Las calles de alrededor del colegio estaban cerradas a los coches y llenas de gente que charlaba. Muchos llevaban máscaras con picos, alas de cartón y otros disfraces de pájaro. Los vendedores de souvenirs se abrían paso entre la multitud cargando bandejas de llaveros con plumas, tazas con forma de

cuervo y camisetas con dibujos de pájaros. Cadenas de farolillos rojos y naranjas colgaban de las ventanas.

Hilda, Frida y David se unieron a la multitud y se dirigieron hacia el mercado. La madre de Hilda había dejado a Twig esperando fuera de la escuela, y ahora el zorro cuervo corría muy contento a los pies de Hilda, deseoso de aventuras. A medida que se acercaban al mercado, el sonido de flautas y de tambores era cada vez más fuerte.

—¿Ves a Trevor? —gritó Hilda a David al oído.

—¡No! —le contestó David—. ¡No veo nada!

Era cierto. La gente estaba tan apretada que los tres niños apenas podían respirar, mucho menos ver a Trevor.

—Necesitamos zancos o algo así —suspiró Hilda.

—Tengo una idea mejor —dijo Frida—. ¡Un campanario!

Hilda sonrió y chocó la mano a su amiga. Desde lo alto de un campanario verían toda la ciudad y podrían localizar a Trevor y al cuervo, estuvieran donde estuviesen. Echó a correr hacia el campanario de Gorrill Gardens, pero Frida la llamó.

—A esa torre no —dijo Frida—. Conozco una mejor.

Hilda y David siguieron a Frida. Se zambulleron entre la multitud con la esperanza de que no fuera demasiado tarde. Pasaron por el ayuntamiento y otros edificios altos del centro de Trolberg.

—Aquí —dijo Frida abriendo la puerta de un campanario y subiendo los escalones.

Hilda y Twig llegaron los primeros y observaron la ciudad. Un millón de farolillos con forma de woffs brillaban como diminutas luces nocturnas, y en el mercado, debajo de la musculosa estatua del Dios Cuervo, una fila de carrozas esperaba a que empezara la cabalgata.



La música se interrumpió y un presentador habló por un altavoz.

—Señor alcalde, queridos invitados, damas y caballeros, bienvenidos a la Gran Cabalgata de este año. El Gran Cuervo todavía no ha aparecido, pero estoy seguro de que... bueno... de que pronto estará aquí.

—No, no lo estará —murmuró Hilda—. Está encerrado en una jaula y ha perdido la memoria.

—Y ahora, sin más preámbulos —siguió diciendo el presentador—, ¡que empiece la cabalgata!

15



Volvió a sonar la música, y la fila de carrozas empezó a moverse. La gente se asomaba a las ventanas de los pisos más altos y se amontonaba en los balcones para ver el espectáculo. Una carroza tenía la forma de un pájaro enorme, con personas disfrazadas de gusano dentro del pico. Otra era un pájaro azul sentado en un nido con huevos. La carroza de la escuela, la del cazador de trolls, estaba al final de la fila, llena de niños entusiasmados. El señor Magnusson ocupaba el lugar de la estatua destrozada de Edmund Ahlberg, justo en el centro de la carroza. Llevaba un enorme casco que le caía sobre los ojos.

Frida y David llegaron por fin a lo alto del campanario resoplando como el tren de vapor de Trolberg.

—¿Has visto ya a Trevor? —preguntó David sin aliento.

—No, está demasiado oscuro —se quejó Hilda—. Si no está en una carroza o justo debajo de una farola, no podremos verlo.

—En ese caso, arrojemos algo de luz al problema, ¿de acuerdo?

Hilda levantó la mirada y vio que Frida se había subido a la base de un enorme foco.

—¡Uau! —exclamó Hilda—. ¡Por eso has elegido este campanario! ¡Bien pensado, Frida!

Frida accionó un interruptor a un lado de la base, y un potente haz de luz brilló en la oscuridad. Luego se inclinó para girar el brillante círculo de luz por las calles y los callejones.

—¡Genial! —gritó Hilda—. Sigue moviendo el foco, te pegaremos un grito cuando veamos a Trevor. Seguramente llevará su gorro de lana, el naranja con orejeras.

—Frida —dijo David en tono inseguro—, ¿estás segura de que puedes utilizar ese foco? Creía que solo puede utilizarlo la policía.

Frida se encogió de hombros y siguió moviendo el foco de un lado a otro.

—Cállate, David. En la vida no todo es seguir las reglas, ¿verdad, Hilda?

Hilda miró a su valiente amiga y por un momento se quedó sin palabras.

—¡Deja de mirarme! —se rio Frida—. Se supone que deberías estar buscando a Trevor.

Hilda volvió a mirar hacia abajo, atenta al menor atisbo de color naranja.

—¡Allí! —gritó de repente David—. ¡Al lado de la iglesia! ¡Creo que es él!

Hilda estiró el cuello para mirar hacia donde David señalaba. Tenía razón: un niño con gorro naranja caminaba tranquilamente por la calle Froydis balanceando una jaula en una mano. En cuanto el foco de Frida cayó sobre él, el niño echó a correr.

—¡Es él! —gritó Hilda—. Se dirige al río.

—¿A qué esperáis? —preguntó Frida—. Yo seguiré enfocando a Trevor y vosotros dos iréis a rescatar al pobre pájaro.

Hilda y David dudaron. Sabían que la policía ya debía de haber visto el foco y que no tardaría en llegar a investigar.

—No os preocupéis por mí —dijo Frida—. Vamos, ¡CORRED! No tenéis mucho tiempo.

Hilda estaba a punto de bajar corriendo la escalera de caracol cuando vio un cable telefónico que pasaba a unos dos metros del campanario. Se prolongaba hasta un poste algo más bajo, junto a la oficina de correos, y luego hasta otro pequeño poste en la esquina del mercado. Miró el cable y se mordió el labio, pensativa. A primera vista parecía imposible, pero ya había hecho cosas imposibles antes.

—Vamos, Hilda —dijo David—. Tenemos que irnos.

Hilda cogió a Twig y lo metió en su mochila. Luego se quitó la bufanda y se subió a la barandilla que recorría el borde del campanario.

—Eh... ¿qué haces? —le preguntó David.

—Parece que Trevor se dirige al puente de Bronstad Lane —le contestó Hilda—. David, dirígete al puente por la orilla oeste, y yo iré por la este. A ver si podemos atraparlo en el puente.

—Vale —dijo David—, pero no has respondido a mi pregunta. En nombre de Edmund Ahlberg, ¿qué crees que estás haciendo?

—Tomar un atajo —le contestó Hilda.

Dicho esto, extendió el brazo, pasó la bufanda por encima del cable telefónico y saltó del campanario.

David intentó sujetarla, pero solo atrapó aire.

—¡ESTÁS LOCA! —gritó—. ¡VAS A MATARTE!

—¡AAAAAAAAAAHHH! —gritó Hilda zumbando por los aires, cada vez más deprisa.

Era como ir montada en un woff, aunque más duro para los músculos de los brazos. Un grito aterrizado surgió de la mochila de Hilda.

—¡Perdona, Twig! —gritó—. ¡Me temo que el aterrizaje va a ser complicado!

El poste de la oficina de correos se acercaba a ella y... ¡PAF!, su pecho se estrelló contra él. Hilda se quedó sin respiración.

No tenía tiempo para echar un vistazo a los moratones. Hilda descolgó la bufanda del cable, saltó al otro lado del poste y lanzó la bufanda al segundo cable.

—¡AAAAAAAAAAAAHHH! —gritó volando por encima de los tejados de Trolberg hacia el mercado.



Pero en ese momento, cuando tenía la Gran Cabalgata justo debajo, la buena suerte de Hilda se agotó y sus manos cansadas resbalaron de la bufanda.

Vio impotente cómo su bufanda se soltaba del cable telegráfico, y al momento estaba cayendo por los aires.

—¡AAAAAAAAAAHHH! —gritó cayendo en picado hacia las carrozas de la Gran Cabalgata.

Hilda había hecho lo posible por rescatar al Gran Cuervo y salvar Trolberg de la hambruna y el desastre, pero no había sido suficiente. Y mientras miraba los farolillos parpadeantes que se acercaban a ella, su principal sentimiento era la tristeza por la ciudad que se había convertido en su hogar.

16



Sigrid Spenstig, presidenta del club más popular de Trolberg, estaba en su carroza, en medio de la Gran Cabalgata, mirando la alegre multitud. Agitaba las alas que se había hecho con miles de plumas negras que ella misma había recogido. La cabalgata de este año era más ruidosa y colorida que nunca, pero Sigrid no podía evitar los nervios. El Gran Cuervo aún no había aparecido.

No sería la primera vez que el Gran Cuervo olvidaba asistir a la Gran Cabalgata.

Cuando Sigrid tenía ocho años, el festival terminó sin que hubiera aparecido el cuervo, y había sido un año horrible. La cosecha fue pésima, el precio de la comida se puso por las nubes y casi todos pasaron hambre. Aunque de eso hacía ya doce años, Sigrid recordaba aquella sensación de tener el estómago vacío como si hubiera sido el día anterior.

Sigrid miró hacia arriba y recorrió el cielo nocturno esperando ver al gigantesco cuervo. No lo vio, pero sí vio algo que la sorprendió. Algo

deslizándose por un cable telegráfico por encima de su cabeza. Y de repente ya no se deslizaba, caía, caía y caía hacia la carroza.

Sigrid se quedó boquiabierta. No era una cosa, era una persona... una niña con el pelo azul y una mochila azul en los hombros. Se le paró el corazón. Cerró los ojos y rezó en voz baja.

Hilda cayó como una piedra y aterrizó en la carroza a unos cincuenta kilómetros por hora. Mejor dicho, no en la carroza, sino en algo que había en la carroza.

¡BOING!

Hilda sintió que saltaba por los aires, luego aterrizó y rebotó una y otra vez.

Abrió los ojos. Estaba tumbada de espaldas en una de tres enormes camas elásticas. Una pancarta delante de la carroza decía: «CCET: CLUB DE CAMAS ELÁSTICAS DE TROLBERG». A su alrededor, chicos disfrazados de pájaro habían dejado de saltar y la miraban sorprendidos.

—¿Habéis visto eso? —preguntó uno de ellos entusiasmado—. ¡Esa chica del pelo azul acaba de hacer una QUÍNTUPLE VOLTERETA HACIA ATRÁS! Creía que era imposible.

Alguien cogió a Hilda de la mano y la ayudó a bajar de la cama elástica. Era una chica morena, con el pelo corto, con alas negras y un pico naranja.

—Soy Sigrid —dijo la chica—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias —le contestó Hilda—. Un poco asustada, pero así es la vida de los aventureros.

Hilda abrió la mochila para que saliera Twig. El zorro ciervo se tambaleó de un lado a otro y cayó hecho una maraña de patas y cuernos.

—Estarás bien en un minuto —le dijo Hilda—. ¡Vamos, Twig, tenemos que llegar al río enseguida! ¿Te apetece saltar carrozas?

Twig la miró confiado y aulló.

El haz de luz de Frida estaba ya muy cerca del puente de Bronstad Lane. Hilda corrió hacia la parte delantera de la carroza del CCET, saltó al suelo, corrió hasta la siguiente y subió con la carroza en marcha.

—¡Oye! —le dijo un viejo arrugado con una pluma en el sombrero—. Esta carroza es la de los mayores de ochenta años. No tienes más de ochenta años, ¿verdad?

—Utilizo una crema facial fantástica —le contestó Hilda.

Lo esquivó, corrió hacia la parte delantera de la carroza y volvió a saltar.

Hilda recorrió seis carrozas más y luego bajó en la calle Fredrik y dejó atrás el ruido y la multitud. Cruzó el río por el puente Lovelock y corrió por la orilla este con Twig pegado a sus talones. Le dolían las piernas y le costaba respirar, pero siguió corriendo hacia la luz.

Un niño caminaba por el puente de Bronstad Lane. Su gorro y sus orejeras se recortaban a la luz del foco de Frida.

—Oh, eres tú —dijo al ver acercarse a Hilda—. Creía que estarías en la Gran Cabalgata, montada en una carroña.

—No —le contestó Hilda—. Lo único que me interesa es el pájaro que llevas en esa jaula.

—¿Qué? ¿Este viejo desplumado? —Trevor levantó la jaula y frunció el ceño al cuervo—. ¿El cuervo que hablaba por los codos en mi habitación y luego se negó a decir una sola palabra en la exposición?

—Sí. —Hilda avanzó por el puente—. Dámelo, Trevor.

—Dale la jaula —graznó el cuervo.

Trevor negó con la cabeza y retrocedió.

—¿Crees que vas a pillarme, carroñera?

—¡No será necesario!

Era David. El corazón de Hilda se llenó de esperanza al ver a su amigo andando por la orilla y subiendo al puente por detrás de Trevor.

—¡Estás atrapado! —gritó David—. ¡Dale el pájaro!

Trevor se giró hacia él protegiéndose los ojos del foco gigante.

—¿Eres tú, bicho raro? ¡No te acerques!

—¡Trevor, has perdido! —gritó Hilda—. ¡No puedes ir a ningún sitio!

—A ningún sitio —graznó el cuervo.

Trevor miró a Hilda y a David alternativamente.

—¿Crees que he perdido? —gritó—. ¡En este puente solo hay un perdedor, y no soy yo! —Levantó la jaula, miró al cuervo y le dijo—: Lo siento, pajarito. Me temo que el perdedor eres tú.

—¡NO! —gritó Hilda corriendo hacia él.

Pero era demasiado tarde. Trevor alzó la jaula con todas sus fuerzas y la lanzó. La jaula y el cuervo volaron por los aires, pasaron por encima del parapeto del puente y cayeron al profundo río.

Hilda corrió al borde del puente y miró hacia abajo. Nada. La jaula se había hundido sin dejar rastro. Así que se quitó las botas y respiró hondo.

—¡No! —gritó David.

Pero Hilda ya se había tirado al agua oscura y turbulenta.



17



Cuando vivía en el campo con su madre, Hilda solía ir a nadar al estanque que había cerca de su casa. En verano buceaba hasta el fondo del estanque y aguantaba la respiración el mayor tiempo posible. No sabía que algún día necesitaría esas habilidades en un río helado de Trolberg.

Debajo del agua todo estaba totalmente oscuro, pero Hilda mantuvo la calma y descendió hasta el lecho del río con largas y potentes brazadas. Movi6 rápidamente los pies hasta que sus dedos tocaron por fin las frías barras de metal de una jaula. Levant6 el pestillo. Meti6 la mano dentro y cogi6 al p6jaro, frío y d6bil. Pero cuando intent6 subir a la superficie, not6 que estaba atrapada. Una rama de enredadera se le había enroscado en el tobillo, y cuanto m6s sacudía el pie para liberarse, m6s se enroscaba.

Hilda no podía seguir aguantando la respiraci6n mucho m6s. Si de verdad eres el Gran Cuervo, pens6, sería un buen momento para recordarlo.

Luchando contra la urgencia de respirar, se sac6 la ortiga azul del bolsillo y meti6 una hoja en el pico del cuervo. Este la mastic6 y se la trag6.

En su corta vida, Hilda había hablado con gigantes, había huido de conejos guerreros, y una gata elfo había dado a luz en su pelo. Pero lo que sucedió a continuación fue lo más increíble que había vivido nunca. Sintió que el cuervo se hinchaba y se elevaba de repente... ¡BUM! El pájaro creció como un gigante entre sus brazos extendidos.



Mientras Hilda se agarraba con fuerza a las enormes plumas del pecho, la enredadera que tenía enroscada en el pie se desenraizó, y el pájaro y la niña salieron disparados hacia la superficie del agua y hacia el maravilloso aire de la noche.

—¡LO RECUERDO TODO! —graznó el cuervo.

Hilda abrió la boca y llenó los pulmones del aire fresco de Trolberg. Vio a Trevor y a David a la luz del foco, dos caras que miraban hacia arriba, pasmadas. Hilda imaginaba su asombro al ver a su compañera de clase saliendo del río turbulento a lomos de un pájaro colosal.

El pájaro se elevó sobre la ciudad con Hilda a su espalda. Volaron cada vez más alto.

—¡Yo tenía razón! —exclamó Hilda—. ¡Eres el Gran Cuervo!

—No, no lo soy —dijo el pájaro.

—¿Qué?

—Todo fue un malentendido. Hace muchos años pasaba por Trolberg y decidí descansar un rato en la estatua del mercado. Aquel año, cuando la cosecha fue bien, los habitantes de la ciudad pensaron que había sido gracias a mí y empezaron a celebrar cada año la Gran Cabalgata.

—No lo entiendo —dijo Hilda—. Si no eres el Gran Cuervo, ¿por qué te molestas en venir cada año a la Gran Cabalgata?

—La cabalgata es en mi honor —le contestó el pájaro—. Sería una grosería no aparecer. Resulta que un año tuve gripe aviar y no pude venir. Ese año, los habitantes de Trolberg se deprimieron tanto que ni se molestaron en trabajar el campo. La cosecha fue pésima, por supuesto.

—Ya veo —dijo Hilda—. Y si no eres el Gran Cuervo, ¿quién eres?

—Soy un pájaro trueno.

—¿Qué es eso?

—Te lo mostraré.

El pájaro trueno levantó las alas y graznó con todas sus fuerzas. Un relámpago atravesó el cielo nocturno con un trueno estridente.

—Uau —dijo Hilda.

El trueno y el relámpago llamaron la atención de los habitantes de Trolberg. El altavoz del mercado cobró vida.

—¡ESTÁ AQUÍ! —exclamó el presentador—. ¡El Gran Cuervo está aquí! ¡La cabalgata se reanuda!

Los enormes farolillos woff se habían apagado en todo Trolberg, pero volvieron a encenderlos rápidamente y la ciudad brilló de nuevo. Empezaron a sonar flautas y tambores. La gente aplaudía y gritaba de alegría. Frida dirigió el foco hacia el pájaro gigante para que todo el mundo lo viera.

—Agárrate fuerte —dijo el cuervo, y Hilda hizo su segundo quintuple salto mortal de la noche, esta vez a lomos de un pájaro trueno mágico.

—¡Estoy en la cima del **MUNDO**! —gritó Hilda riéndose.

Tras varias pasadas aéreas y más de diez giros, el pájaro trueno voló un poco más bajo para que Hilda buscara a su madre.

—¡Ahí está! —exclamó Hilda—. Está sentada en aquel muro junto a la estación de tren, donde me dijo que estaría.

El pájaro descendió y aterrizó silenciosamente en el tejado de la estación de tren.

—Adiós, Gran Cuervo —dijo Hilda saltando de su lomo.

—Adiós, Zelda —dijo el pájaro trueno—. Gracias por todo.



Y dicho esto, levantó la cabeza, agitó sus potentes alas negras y echó a volar hacia el cielo nocturno.

Hilda se deslizó por una cañería y aterrizó en el muro, al lado de su madre.

—Hola, mamá —dijo.

—¡Hilda! —exclamó su madre abrazándola con fuerza—. Estaba esperándote. ¿Dónde os habéis metido tus amigos y tú?

—Luego te lo cuento. —Hilda sonrió—. ¡Mira, ya viene la cabalgata!

Cuando las carrozas del festival giraron en la calle de la estación, la gente empezó a cantar y Hilda se sintió muy feliz.

—Cuando tenía tu edad, siempre venía a sentarme aquí para ver la cabalgata —le dijo su madre—. Es mi día favorito del año.

—Y el mío —dijo Hilda.

La gente que andaba junto a las carrozas llevaba todo tipo de disfraces extraños y maravillosos. Vestidos con mangas enormes. Sombreros de pájaros de toda clase. Picos de cartón sujetos con gomas elásticas. Pestañas de plumas. Hilda incluso vio un perro salchicha disfrazado de pájaro.

—Ah, por cierto —le dijo su madre cogiendo su bolso—. Alfur ha preguntado por ti.

Metió la mano en el bolso y sacó una vieja lámpara de barro.

—¿Hola? —dijo una voz tensa—. Hilda, ¿eres tú?

Hilda cogió la lámpara y le dio la vuelta. Salió un elfo enfadado.

—¡Gracias por abandonarme! —gritó Alfur—. Perdí la cuenta de la cantidad de personas que pasaron de largo antes de que tu madre me oyera.

Hilda se rio.

—Míralo por el lado positivo —le dijo volviéndose a colocar al elfo en la oreja—. Si hubieras estado conmigo, te habrías dado un baño muy frío en el río Björg.

—Uf. —Alfur se estremeció—. Quizá la lámpara no ha estado tan mal, la verdad.

Madre e hija se quedaron sentadas en el muro de la estación de tren, balanceando las piernas y viendo la cabalgata. La carroza de los mayores de ochenta años pasó por delante de ellas, llena de pájaros arrugados de pelo blanco. Detrás iba la carroza de las camas elásticas, con cuervos radiantes volando muy alto. Sigrid vio a Hilda en pleno salto y la saludó con la mano, muy contenta.

La carroza de la escuela cerraba la cabalgata. El señor Magnusson agitaba una espada de cartón. Frida y David también estaban en la carroza. No vieron a su amiga, pero Hilda se alegró muchísimo de verlos. Sus aventuras habían sido tremendas, sin duda, pero estaba convencida de que Frida, David y ella serían amigos para siempre.

—Maravilloso —dijo Hilda en voz alta.

Su madre se giró hacia ella.

—¿El qué, cariño?

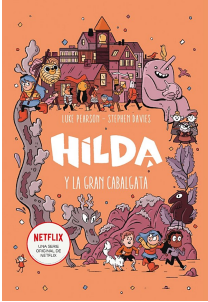
—Todo —le contestó Hilda—. La ciudad. La gente. Los increíbles disfraces con plumas. Todo es maravilloso.

Su madre le pasó un brazo por los hombros y la acercó a ella.

—Me alegro de que lo pienses —susurró.



Valiente, divertida, rebelde, inteligente y decidida, ¡acompaña a Hilda en las aventuras más alucinantes!



Cambiar de casa y de amigos no es nada fácil y Hilda lo sabe. Junto con su madre, ha tenido que abandonar su hogar en el valle para mudarse a la gran ciudad de Trolberg.

Cuando Hilda comienza en su nueva escuela, tiene que adaptarse a una nueva forma de vida y enfrentarse a todo tipo de sorpresas mientras explora la ciudad. Lo que no sabe es que en ella descubrirá a las criaturas más extrañas que haya

visto nunca jamás.

Stephen Davies es un escritor británico que vive en Londres. Ha escrito para *The Guardian Weekly* («Letters from Burkina Faso») y para *The Sunday Times*, y es autor de varios libros para jóvenes lectores.

Luke Pearson se ha convertido en muy poco tiempo en uno de los principales talentos del cómic británico. Es el creador de los cómics de *Hildafolk* y de la serie original de Netflix *Hilda*.

Título original: *Hilda and the Great Parade*

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, HILDA™, Hilda Productions Limited, una empresa de Silvergate Media

Texto de Stephen Davies

Ilustraciones de Seaerra Miller

Historia basada en los personajes de Luke Pearson y Silvergate Media

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Noemí Sobregués, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación a partir del diseño original de Flying Eye Books

Ilustración de portada: © Seaerra Miller

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17671-91-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Hilda y la gran cabalgata

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos